

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

U.N.A.M.

LAS GUERRAS CARLISTAS EN LA NOVELISTICA

DE LA GENERACION DEL 98

M 122037



T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE

MAESTRA EN LETRAS

P R E S E N T A

ANA MARIA ALBAN CAMOIN

MEXICO, D. F.

1963



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

...Fué un tiempo de mentira, de infamia. A España toda,
la malherida España, de Carnaval vestida
nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda,
para que no acertara la mano con la herida.

Fué ayer: éramos casi adolescentes; era
con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,
cuando montar quisimos en pelo una quimera,
mientras la mar dormía ahita de naufragios.

Dejamos en el puerto la sórdida galera,
y en una nave de oro nos plugo navegar
hacia los altos mares, sin aguardar ribera,
lanzando velas y anclas y gobernalle al mar.

Ya entonces, por el fondo de nuestro sueño -herencia
de un siglo que vencido sin gloria se alejaba-
un alba entrar quería; con nuestra turbulencia
la luz de las divinas ideas batallaba.

Mas cada cual el rumbo siguió de su locura;
agilitó su brazo, acreditó su brío;
dejó con un espejo bruñida su armadura
y dijo: "El hoy es malo, pero el mañana...es mío".

Y es hoy aquel mañana de ayer...Y España toda,
con sucios oropeles de Carnaval vestida
aun la tenemos: pobre y escuálida y beoda;
mas hoy de un vino malo: la sangre de su herida.

Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu aventura
despierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura.

Antonio Machado 1914.

LA GENERACION DE 1898

Podemos decir en general que cada escuela, cada movimiento literario surge por oposición a la literatura existente.

A fines del siglo XIX nos encontramos con dos movimientos literarios que expresan su descontento, su insatisfacción y su deseo de renovación.

Uno de estos movimientos, el modernismo, surge en la América de lengua española. Tiene una honda preocupación estética y pretende transformar el lenguaje poético e inclusive la concepción de la poesía.

Unos años después aparece en España un grupo de escritores con la misma actitud de descontento y el mismo deseo de renovación. Sólo que esta actitud renovadora se aplica a algo más que al lenguaje o al concepto poético. Nos lo indicaba el hecho de que los precursores de esta generación que se ha dado en llamar generación del 98 sean: "un filósofo y pedagogo, Giner, un político polígrafo y energuménico, Costa, y un pensador guerrillero, Ganivet." (P. Salinas. Literatura Española siglo XX).

Los hombres de la generación del 98 tienen una preocupación filosófica y política y algunos una actitud netamente combativa que los diferencia de los poetas del modernismo. La insatisfacción, el deseo de renovación de los escritores españoles se extiende a un campo mucho más amplio, o mejor dicho, mucho más profundo que el de los modernistas.

En un artículo titulado Generación del 98, nos dice Azorín que dicha generación está contra todo lo viejo, y nos explica:

Lo viejo...es lo que no ha tenido nunca consistencia de realidad, o lo que, habiéndola tenido un momento, ha dejado de tenerla para ajarse y -carcomerse. Lo viejo son también las prácticas -viciosas de nuestra política, las corruptelas administrativas, la incompetencia, el chanchullo, -el nepotismo, el caciquismo, la verborrea, el "mañana", la trapacería parlamentaria, el atraco en forma de discurso grandilocuente, las "conveniencias políticas" que hacen desviarse de su marcha a los espíritus bien inclinados; las elecciones falseadas, los Consejos y cargos de grandes Compañías puestos en manos de personajes influyentes, los engranajes burocráticos inútiles..., todo el denso e irrompible ambiente en fin, contra el cual ha protestado la generación de 1898 (Clásicos y Modernos ps. 171 y 172).

Hay pues una actitud crítica debida a la situación política, un malestar debido a la decadencia general de España. De ahí el deseo de profundizar, de buscar las raíces mismas del mal en la sociedad, en el hombre, y de conseguir una renovación del país desde sus entrañas mismas.

El primero en lanzar la expresión de generación de 1898 fue precisamente Azorín, en el artículo ya citado, que fue posteriormente recogido en el tomo "Clásicos y Modernos" publicado en 1913.

Por aquel tiempo se desarrollaba en Alemania el concepto de generación literaria. Según Peterson las características que deben presentar los escritores para formar parte de una misma generación literaria son:

- Coincidencia en los años de nacimiento.
- Homogeneidad en los elementos formativos.
- Relaciones personales entre los hombres de la generación.
- Un acontecimiento o experiencia generacional que puede ser un hecho cultural o un hecho histórico.
- Un caudillo común: idéntica aspiración.

¿Hay coincidencia entre lo que Azorín llamaba generación del 98 y lo que la ciencia de la literatura llama generación literaria?

La proximidad de los años de nacimiento se da en los escritores del 98 pues todos ellos nacen en fechas comprendidas entre 1864 y 1875.

En cuanto a lo que se refiere a la homogeneidad de elementos formativos debemos decir que la Universidad en España en aquel tiempo carecía de poder formativo. Precisamente por esta causa se crea la Institución Libre de Enseñanza en 1876.

Así que si algo tienen en común los escritores de esta generación es más bien la falta de formación académica, el autodidactismo y la avidez por la lectura.

El libro es en España más imprescindible que en otras partes. Donde hay más cultura en el ambiente social que la que aquí hay, recíbela uno sin saber cómo: de conversaciones, de la lectura de diarios, de conferencias, del espectáculo mismo de la vida, aquí tenemos que suplir cada una de las deficiencias de la cultura ambiente y las deficiencias de nuestra educación; el español se ve obligado a ser autodidacto.

(Unamuno).

He sido un devoralibros, sobre todo de mis 16 a mis 26 años, dice de sí mismo Unamuno.

Yo no corro, ni grito, ni golpeo -escribe Azorín, recordando los ocios de su vida de colegio-; tengo una preocupación terrible. Esta preocupación consiste en ver lo que dice un pequeño libro que guardo en el bolsillo.

Yo devoraba en mi juventud todo lo que caía en mis manos principalmente novelas, recuerda Baroja.

(Textos citados por P. Laín Entralgo).

Relaciones personales existieron entre todos los escritores del 98, especialmente en los años decisivos, cuando em-

piezan a publicar. Tertulias, reuniones en el Ateneo, y publicaciones en una misma revista: Alma Española que aparece en 1903.

En cuanto a la experiencia generacional, no cabe duda que el acontecimiento, el hecho histórico que afectó profundamente a esta generación fue lo que se ha llamado el "desastre de España", la pérdida de la última colonia de lo que un día fue gran imperio.

Esta pérdida en sí no tenía quizá mayor trascendencia. Fue más bien un hecho con valor de símbolo. Símbolo de la decadencia de España, del marasmo en el cual vivía. Resultado de todos los errores cometidos. Fin de un mundo, de una actitud que consistía en dejarse vivir sin ver más allá que el momento presente.

Efectivamente, los españoles después de la última guerra carlista se dedicaban a disfrutar de la paz. Son los llamados "años bobos" por Galdós, años en que:

una inconsciencia punto menos que infantil regía el ir y venir apasionado de los españoles en relación con las cuestiones que suscitaba la actualidad inmediata. Nadie miraba a lo lejos. Inconsciencia y optimismo. Pasada la batahola de la Revolución y la República, salvado el momento difícil de la muerte de Alfonso XII y sumido el país en enorme calma chicha, el gran niño que -

era España se entretenía en discutir a propósito del crimen de la calle de Fuencarral o, poco más tarde, del submarino inventado por Isaac Peral. El cuadro de nuestros grandes hombres, para mayor felicidad, estaba cubierto dos veces. De aquí que los españoles se permitiesen el lujo de tener donde elegir, cifrando su fe en el ídolo público de alguna de las dos series puestas en juego, para satisfacción de toda necesidad - banderiza: o Cánovas o Sagasta; o Galdós o Pareda; o Calvo o Vico; o Lagartijo o Frascuelo... Libres de cuidados, las gentes se consagraban a sus ocios predilectos. Triunfaban, con los toreros y los cantantes de ópera, los oradores, los poetas fáciles y los prosistas amenos (Melchor Fernández Almagro).

1898 significa pues un despertar a la lucidez, un volver los ojos a España y un encontrarla pobre, técnica y culturalmente atrasada y malamente gobernada. Al mismo tiempo, hay en todos los hombres de la generación del 98 un gran amor por España y un volverse hacia la naturaleza ya que la realidad histórica es tan decepcionante. Todos ellos con el tiempo acabarán negando el valor de la historia, de los grandes hechos y exaltando el valor de lo pequeño, lo cotidiano, lo intrahistórico.

Hay una razón profunda para esta negación de la historia, es que la historia de España les disgusta y como la aman entrañablemente buscan en ella todo lo que es ajeno a la historia. A ese algo ajeno a la historia cada escritor le dará un nombre diferente pero en realidad se trata de lo mismo de algo distinto al acontecer histórico. Por eso también decimos que todos ellos "forman una generación de españoles" - (P. Laín Entralgo).

¿Qué le falta pues a esta generación literaria para cumplir con los requisitos establecidos?. Un caudillo común. -- Ciertamente la generación del 98 no lo tiene pero parece como si la ausencia de caudillo fuera un nexo que los une. En todos hay una idéntica añoranza: "hace falta un hombre, aquí nos hace falta un hombre".

Afortunadamente no lo hubo. No podemos imaginar a este puñado de hombres, de tan recia personalidad todos ellos, sometidos a nadie. Lo que sí hubo y ello nos parece mucho más importante es una idéntica aspiración y una misma actitud -- frente a los problemas de su tiempo.

La aspiración es la regeneración de España; la actitud la negación de la historia y el interiorismo que una es consecuencia de la otra. Esta doble actitud es una de las diferencias esenciales de esta generación con la que le precede.

La generación del 98 "pretendió conocer lo que era España... Y buscó el formarse una idea de lo que

era España dentro de sí misma". (Baroja).

Para conocer la intimidad de España hay que estudiar-
"el paisaje, el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo".
(Unamuno). Y al estudiar el paisanaje se estudiará la cos-
tumbre y el lenguaje.

No es necesario ni conveniente europeizarse pues só-
lo "a fuerza de ser esencialmente españoles lograríamos --
ser humanos, universales y eternos". (Unamuno).

El paisaje de España, la costumbre popular y-
las creaciones artísticas son los caminos que-
recorre Baroja -como Unamuno, Gánivet y Azo --
rín- para formarse una idea de lo que es Espa-
ña dentro de sí misma. (La Generación del 98 -
p. 192 P. Laín Entralgo).

El adentrarse en España lo realiza Valle-Inclán por-
un camino estético. Adentrándose en el arte español, en el
paisaje, en el lenguaje, llega Valle-Inclán a la primitiva
e íntima esencia española.

La regeneración estriba fundamentalmente en una rege-
neración espiritual:

Lo que el pueblo español necesita es aprender
a pensar y sentir por sí mismo, y tener un sen-
timiento y un ideal propios acerca de la vida y
de su valor (Unamuno)

La historia de nuestro siglo XIX -la historia

relatada, dice Iain Entralgo- apenas pasa de ser una polémica verbal o armada entre unos españoles que se llaman a sí mismos tradicionalistas y otros españoles que quieren cambiarlo casi todo y se llaman progresistas.

La primera revelación de la historia se la proporciona Unamuno, a Baroja e indirectamente a Valle-Inclán la guerra carlista. Esta guerra como veremos en el capítulo siguiente es además de una contienda dinástica la exacerbación de la lucha entre tradicionalistas y progresistas.

¿Qué visión nos dan de la guerra los autores afectados por ella en su niñez?

¿Qué actitud tomarán ante el acontecer histórico, ante la guerra?

¿Qué era exactamente la guerra carlista?

Procuraremos contestar todos estos interrogantes en los capítulos siguientes.

LAS GUERRAS CARLISTAS

Las guerras carlistas tienen dos aspectos: uno superficial, un pleito dinástico, otro profundo, la lucha entre absolutistas y liberales.

La lucha dinástica se inicia a la muerte de Fernando VII, en 1833. Quedaba como heredera del trono su hija doña Isabel, menor de edad a la fecha. Don Carlos María Isidro, hermano del rey, ferviente absolutista, fundaba su derecho a la corona sobre la supuesta vigencia de la ley sálica que excluía del trono a las mujeres.

La ley sálica, dictada en 1713 por Felipe V, había sido anulada por Carlos IV mediante otra ley que no se publicó hasta 1830, fecha en que Fernando VII puso en vigor la pragmática-sanción. Si bien es cierto que Fernando VII, a instancias de don Carlos, anuló poco después la pragmática-sanción, también es cierto que volvió a declarar legalmente su vigencia, en 1832, en un codicilo de su testamento.

Así pues, el 29 de septiembre de 1833, con apego a la ley es proclamada regente y reina gobernadora la viuda de Fernando VII, doña María Cristina, hasta la mayoría de edad de su hija, doña Isabel.

El 3 de octubre se produce el primer levantamiento carlista en Talavera seguido por otros en las Provincias Vascongadas, Navarra, Cataluña, Aragón, Castilla y Valencia. Así comienza la primera guerra carlista, que termina parcialmente en agosto de 1839 con el convenio de Vergara firmado por Maroto por los carlis

tas y Espartero por los liberales, y totalmente en junio de 1840, fecha en que Cabrera abandona Cataluña y se retira a Francia.

Los carlistas, organizados en partidas, llevaron a cabo la guerra de guerrillas. Las tropas regulares del gobierno, los cristianos, se agotaban en estériles maniobras en medio de una población hostil. La lucha fue de gran violencia y abundó en hechos crueles.

Los principales caudillos carlistas fueron: Tomás de Zumalacárregui, jefe de las fuerzas carlistas del norte, Ramón Cabrera, jefe de los carlistas del Centro y de Levante -conocido con el nombre de Tigre del Maestrazgo-, Miguel Gómez, que recorrió la península de norte a sur librando combates y escaramuzas con el fin de recoger botín y reclutar gente para su causa, y Rafael Maroto, que ocupó el puesto de Zumalacárregui a la muerte de éste.

En el mando de las fuerzas gubernamentales se sucedieron numerosos jefes -no debemos olvidar que de 1834 a 1868 los partidarios de la reina divididos en moderados y liberales llamados progresistas, mantenían entre sí una lucha violenta, origen de sublevaciones y frecuentes cambios de gobierno. Citaremos pues a los generales: Pedro de Sarsfield, José Ramón Rodil, Francisco Espoz y Mina, Jerónimo Valdés, Luis Fernández de Córdoba y finalmente Baldomero Espartero Duque de la Victoria.

La segunda guerra carlista se inicia en 1847, pero sin el ímpetu de los años anteriores. Esta vez, el pretendiente a la corona es don Carlos Luis conde de Montemolín, hijo de don Carlos María

Isidro.

Montemolín fue uno de los candidatos cuando se trató del matrimonio de Isabel II. Después de la boda de Isabel II con Francisco Asís de Borbón, Montemolín organizó la sublevación carlista catalana que, dirigida por Cabrera y Tristany, se extendió a Castilla, Aragón, Navarra y Guipúzcoa. Pero el general Manuel Gutiérrez de la Concha dirigió con éxito las fuerzas liberales. Montemolín es apresado y los carlistas abandonan la lucha después de la derrota de Piñós, en 1849.

Hubo una intentona fallida en 1860. Don Carlos Luis nuevamente apresado renuncia a sus derechos para recobrar la libertad.

El absolutismo escoge entonces a don Juan, hermano del anterior, como su representante. Pero don Juan no consigue casi partidarios y abdica sus derechos en su hijo don Carlos María de los Dolores.

En 1872 se desencadena la tercera guerra carlista dirigida, no contra Isabel II que había abandonado España en 1868, después de la revolución progresista, sino contra Amadeo de Saboya nombrado rey de España en 1870. La situación en España era crítica en aquellos años; la división entre los liberales crea una situación tan difícil que Amadeo I abdica en 1872. En 1873 se proclama la República que se enfrenta a la lucha entre federalistas y unitarios, a la guerra carlista y a una sublevación en Cuba. No es, pues, de extrañar que el carlismo consiguiera esta vez mayor número de partidarios que en las guerras anteriores -un ejército de 42.000 hom-

bres y numerosas partidas- pues mucha gente anhelaba un gobierno fuerte que diera estabilidad al país.

La sublevación carlista se extendió por Cataluña, las Provincias Vascongadas, Navarra, Aragón y Castilla y hubo partidas en Andalucía, Murcia y Asturias. Los principales cabecillas fueron: Tristany en Cataluña y el cura Santa Cruz en el país vasco. El mando supremo carlista recayó en Dorregaray.

Los jefes del ejército liberal fueron el general Concha, Martínez Campos y el propio Alfonso XII.

La última guerra carlista terminó en 1876, pero no por ello cesó la lucha política. Pues, como apuntábamos al principio, no se trataba de un simple conflicto dinástico, sino de la lucha entre absolutistas y liberales. El principal enemigo de los liberales, el factor determinante de la contienda, el que permitió que el carlismo adquiriera el vigor necesario para sostener una larga lucha fue la Iglesia, que pretendía mantener en España un estado teocrático y conservar sus cuantiosos bienes amenazados por la tendencia liberal a acabar con las propiedades amortizadas o de manos muertas. En efecto la riqueza de la Iglesia procedía de la amortización:

"la amortización de la propiedad aparece ya en tiempos de la monarquía visigótica y se desarrolla durante la Edad Media impulsada por el deseo de acogerse a la libertad de disposición. Los propietarios entregaban sus bienes a la Iglesia o a los grandes señores para recibirlos luego en enfiteusis perpetua mediante

el pago de un canon módico. "Las leyes de mayorazgo y sucesión a la corona extendidas por los nobles a sus bienes y sucesores... contribuyeron notablemente a agravar la situación." (Diccionario de Historia de España).

Las tendencias desamortizadoras se inician a mediados del siglo XVIII y se acentúan con la política liberal y secularizada que tiene su máxima expresión en las Cortes de Cádiz. Cortes que en cierto modo marcaron el camino a todo el desarrollo posterior.

Pero las medidas de desamortización (concordato de 1737; autorización de la Santa Sede, 1753; concesiones de la Santa Sede durante el reinado de Carlos IV; ley de expropiación forzosa, 1836, leyes de desamortización, 1861) no lograron su objetivo fundamental: crear una clase de pequeños propietarios: en cambio privó a los municipios de la riqueza de los bienes comunales. Algunos grandes propietarios aumentaron a bajo precio sus posesiones. En cuanto a la Iglesia, reaccionó violentamente y creó, para enfrentarse a la situación, el partido Apostólico y del Angel Exterminador. El artículo Iglesia del Diccionario de Historia de España, editado en 1952 en Madrid, nos informa de que: "comenzó a circular un nombre "apostólicos" para designar a los enemigos del liberalismo. Cuando murió Fernando VII, los apostólicos se lanzaron al campo convirtiéndose en carlistas, mientras que el Papa negaba su reconocimiento a la reina Isabel."

La Iglesia encontró apoyo en la nobleza vejada por la pérdida de sus derechos feudales (abolición de los señoríos jurisdiccionales, 1811) y en el proletariado campesino más pobre por el aumento demográfico y por la pérdida de las tierras comunales, y de un catolicismo profundamente arraigado.

El carlismo es también en cierto modo la lucha del campo contra la ciudad "corrompida" por el liberalismo de sus habitantes, industriales y comerciantes. Así "defienden la causa de la reina los habitantes de las costas de Andalucía y Cataluña, todas las ciudades marítimas y los grandes centros de población interior." C.F. Henningsen (oficial carlista).

"El área carlista se extiende del Ebro a los Pirineos con fracción de la Rioja del norte y sus focos de resistencia están en el corazón de las quebraduras montañosas. En la segunda guerra carlista, 30 años después, se reproduce la situación. Los partidarios del pretendiente consiguen dominar todo el norte. Uno a uno van cayendo en su poder todos los pueblos. Tras la toma de Estella -capital del carlismo- se les rinden villorrios, aldeas y poblaciones de Navarra, Guipuzcoa y Vizcaya. Quedan otra vez por los liberales, sin embargo, las grandes ciudades Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Tolosa, Irún y Pamplona inclusive, islas del constitucionalismo en medio de aquel agresivo océano carlista, sitiadas, asediadas, sin comunica-

ciones con el Centro resisten obstinadamente. Y en -
cuantas ocasiones se repitiera la guerra volvería a --
darse la misma división." Ramos Oliveira.

A pesar de que en casi toda España hubo brotes carlistas podemos decir que el baluarte del carlismo se sitúa en Cataluña, Navarra y el país vasco -exceptuando la costa y las grandes ciudades- posiblemente debido a condiciones geográficas, por ser zona montañosa que facilitaba la guerra de guerrillas, y por su proximidad a la frontera francesa. Debido quizás a un espíritu rural más acentuado, a una mayor oposición entre el campo y la ciudad más activa económicamente que en otras regiones. En las zonas de latifundio -Castilla, Andalucía y Extremadura-, la aristocracia, por vivir en las ciudades y por la promesa carlista de de volver tierras a la Iglesia, apoyó a los liberales o se abstuvo de toda acción. Las zonas de minifundio - Galicia- tampoco participaron en la contienda.

Localizado ya el núcleo de las guerras carlistas, pasaremos a estudiar cómo dichas guerras influyeron en algunos escritores del 98 y qué visión nos ofrecen de ellas sus novelas.

DON RAMON MARIA DEL VALLE-INCLAN

Nació en Puebla de Caramiñal, provincia de Pontevedra, el 28 de octubre de 1870. Dos años después se inicia la tercera guerra carlista que termina siendo Valle-Inclán un niño de seis años. Su infancia y adolescencia transcurren en su comarca natal, y las primeras noticias que recibe de las guerras carlistas son cuentos de los criados de su casa:

"Cuentos ingenuos, como un retablo antiguo, en que los contrastes eran enormes. Todas las virtudes están en las huestes del rey don Carlos. Las partidas carlistas aparecían a sus ojos de rapaz, temeroso de duendes y apariciones, nimbadas de una heroica leyenda." (Carlos del Valle-Inclán, fragmentos de una biografía inédita).

Después de estudiar leyes en la universidad compostelana, Valle-Inclán emprende el viaje a México. A su regreso se instala en Madrid y hacia 1895 comienza a publicar artículos y cuentos en la prensa madrileña, y va fraguando "en su fantasía el tipo de un personaje, hidalgo a la antigua y bohemio a la moderna, todo a la vez, a quien dió por nombre el Marqués de Bradomín, gallego tradicionalista y monárquico chapado a la antigua, linajudo y señor de sus Estados. A este dechado... acomodó su manera de presentarse en todas partes, ya que no su manera de vivir por no permitírsele la mal dita falta de pecunia." Cejador. Valle-Inclán se identifica en

cierto modo con este personaje que nos da en Sonata de Invierno, la clave de su carlismo.

Sonata de Invierno no es propiamente una novela sobre la guerra carlista, sin embargo la acción se desarrolla en Estella -capital del carlismo- y don Carlos, el tercer pretendiente, aparece en ella como uno de los personajes. Por eso, y sobre todo por los datos que a través del marqués de Bradomín nos da Valle-Inclán sobre el carácter de su carlismo, nos detendremos brevemente a estudiarla.

Bradomín empieza por decirnos: "los carlistas se dividen en dos grandes bandos: uno yo y el otro todos los demás.y en otra ocasión:

"Fray Ambrosio, estoy por decir que me alegro de que no triunfe la Causa. Me miró lleno de asombro: -¿Habla - sin ironía? -Sin ironía. Y era verdad. Yo siempre ha llé más bella la majestad caída que sentada en el trono, y fui defensor de la tradición por estética. El - carlismo tiene para mí el encanto solemne de las grandes catedrales, y aun en los tiempos de guerra, me hubiera contentado con que lo declarasen monumento nacio nal." (S.I. pág. 162-163).

Estéticamente, don Carlos parecía el único príncipe digno de la corona:

"Entre aquellos bultos oscuros, sin contornos ni faz, mis ojos sólo pudieron distinguir la figura prócer del

Señor, que se destacaba en medio de su séquito, admirable de gallardía y de nobleza, como un rey de los antiguos tiempos. La arrogancia y brío de su persona, parecía reclamar una rica armadura cincelada por milanés orfebre, y un palafrén guerrero paramentado de malla. - Su vivo y aguileño mirar hubiera fulgurado magnífico, - bajo la visera del casco, adornado por crestada corona y largos lambrequines. Don Carlos de Borbón y de Este, es el único príncipe soberano que podría arrastrar dignamente el manto de armiño, y empuñar el cetro de oro, y ceñir la corona recamada de pedrerías, con que se representa a los reyes en los viejos codices." (S.I. pág. 89).

Doña Margarita, la esposa de don Carlos, despierta en su "alma una emoción a la vez religiosa y galante."

"Comprendí entonces todo el ingenuo sentimiento que hay en los libros de caballerías, y aquel culto por la belleza y las lágrimas femeniles que hacía palpar bajo la cota, el corazón de Tirante el Blanco. Me sentí más que nunca, caballero de la Causa." (S.I. pág. 107).

Si en la guerra se cometen horrores, Bradomín los justifica, también estéticamente, al decir:

"yo siento también que el horror es bello, y amo la pú pura gloriosa de la sangre y el saqueo de los pueblos, y a los viejos soldados crueles, y a los que violan -

doncellas, y a los que incendian mieses, y a cuantos hacen desafueros al amparo del fuero militar." (S.I. pág. 151).

Y no sólo Valle-Inclán justifica estéticamente la guerra, sino que para él la guerra tiene un matiz romántico: es la aventura, la exaltación de sentimientos normalmente reprimidos o sin ocasión de manifestarse en el transcurrir monótono de los días, en el trabajo callado, en la mediocridad de la vida.

Hoy, cuando el hombre se siente completamente superado por los medios de destrucción que él mismo ha creado, la guerra pierde el significado de aventura gloriosa que tenía para las generaciones anteriores. Esta noción de aventura gloriosa se debía en gran parte a los relatos que de la guerra hacían los padres o abuelos. Relatos en que las fatigas, los días monótonos de marchas y contramarchas sin ver a un solo enemigo eran olvidados y se ponía todo el énfasis en alguna escaramuza o se procuraba dar un sentido a lo que había sido un combate desordenado, obra del azar y no de la voluntad de los hombres.

Valle-Inclán, en su trilogía sobre la guerra carlista-Los Cruzados de la Causa, 1908; El Resplandor de la Hoguera, 1909; Gerifaltes de Antaño, 1909- destaca el aspecto romántico de la guerra que, al dar rienda suelta a sentimientos a veces contradictorios -amor, crueldad, fanatismo, sacrificio-, produce en el individuo una sensación de vida intensa.

Evidentemente, para los liberales, para las tropas regula-

res formadas por reclutas y militares profesionales, la guerra poseía estas características en menor grado que para los carlistas, que eran voluntarios y combatían en pequeñas partidas aplicando la táctica de guerrillas.

No es pues de extrañar que la mayoría de los personajes de Valle-Inclán, los de mayor relieve, sean carlistas. Valle-Inclán sólo se detiene en algún personaje liberal cuando reúne las características que atribuye a los carlistas: nobleza, valor, fanatismo.

Como iremos viendo, a Valle-Inclán le interesan en esta trilogía los personajes y los sentimientos que la guerra exalta en ellos. Exaltación que adquiere mayor relieve por contraste con el paisaje sosegado, poético.

Hay poco de historia en esta trilogía sobre la guerra carlista, si por historia se entiende el relato de sucesos históricos. Ahora bien, si por historia entendemos también intra-historia, empleando el término unamunesco, veremos que Valle-Inclán aporta datos valiosísimos sobre algunos elementos que hicieron posible la guerra. Estos elementos son: la participación y la ayuda económica del clero y de la nobleza, la ignorancia y fanatismo de un sector del pueblo. Valle-Inclán, que ha sido tachado de artista puro por algunos de sus comentaristas, que nos dice él mismo que sus simpatías van dirigidas al bando carlista por estética, nos da, quizá por intuición artística, las bases sociológicas de las guerras carlistas en la primera novela de esta trilogía. Los Cru-

zados de la Causa.

La novela transcurre en Galicia, a donde el marqués de Bradomín llega "para levantar una guerra por el rey don Carlos" (C. C. pág. 9), guerra en la que el clero interviene activamente:

"Como sacerdotes somos cruzados de la milicia cristiana y el rey legítimo defiende la causa de Dios", dice un canónigo. (C.C. pág. 12).

"Se decía que las monjas guardaban fusiles bajo el altar mayor" (C.C. pág. 52). Y así era efectivamente. Uno de los episodios de esta novela es la búsqueda infructuosa, por tropas liberales, de las armas que las monjas ocultan bajo el altar y que a la noche siguiente son sacadas del convento por los nobles carlistas del lugar.

El clero participa también económicamente: como corporación e individualmente:

"Nuestra iglesia, afortunadamente, aun es rica en plata y joyas, tesoros que fueron ocultos cuando los bárbaros decretos del gobierno de Isabel. Hay mucha más riqueza de metales finos y de pedrería, que riqueza artística. Con ella y nuestros bienes personales acudiremos a sostener la guerra". (C.C. pág. 14).

Así lo hizo la abadesa María Isabel: "yo dí todas las alhajas que habían sido de mi madre" (C.C. pág. 25) al sacristán del convento que levantó una partida carlista.

"Si esta Santa Iglesia Colegiata no puede hacerlo, con

nuestros bienes y con nuestra persona acudiremos a -
sostener la guerra". (C.C. pág. 30)

Dice el Deán, pese a lo cual es tachado de quererse congra
ciar con los herejes de Madrid, por otros más fanáticos que él.

Para algunos nobles se trata también de una causa santa, por
la cual debe sacrificarse todo.

"saludémonos como cruzados de la causa" (C.C. pág.11).
por la que debe sacrificarse todo.

"es preciso que los lealos nos sacrifiquemos y para
dar ejemplo yo comenzaré vendiendo este palacio y
las rentas de mis tres mayorazgos. Todo lo que ten-
go en esta tierra", (C.C. pág. 13) dice el marqués
de Bradomín que convoca a los legitimistas: a "los
hidalgos, los abades, los ricos labradores, (que)
fueron dejando sobre la dorada cónsola los dineros
que traían para el sostenimiento de la guerra".
(C.C. pág. 141).

No sólo se trata de una causa santa, sino de la oposición de
la nobleza al liberalismo:

"el destructor de los mayorazgos y de los conventos,
el destructor de toda la tradición española." (C.C.
pág. 88-89),

del odio hacia la clase naciente: la burguesía.

"Sobrino, yo cuando levante una partida no será por

un rey ni por un emperador... si no fuese tan viejo, ya la hubiera levantado, pero sería para justiciar en esta tierra, donde han hecho camada, raposos y garduñas. Yo llamo así a toda esa punta de curiales, alguaciles, indianos y compradores de bienes nacionales. Esa ralea de criados que llegan a amos. Yo levantaría una partida para hacer justicia en ellos, y quemarles las casas, y colgarlos a todos en mi robledo de Lantañón. (C.C. pág. 93).

de un sentimiento de solidaridad familiar en otros casos:

- "¡Salva usted a toda la comunidad, tío don Juan Manual!

- "¡Y qué me importa la comunidad! Me importas tú, que eres mi sangre!". (C.C. pág. 93).

En el pueblo, el carlismo se basa esencialmente en la ignorancia y el fanatismo. Una mujer del pueblo, ya anciana, explica así la lucha dinástica:

"Son reyes de distinta ley. Uno buen cristiano, que anda en la campaña y se sienta a comer el pan con sus soldados, el otro, como moro, con más de cien mujeres, nunca pone el pie fuera de su gran palacio de la Castilla." (C.C. pág. 10).

Y en el convento la hermana lega, mujer del pueblo, ante la pretensión de los liberales de registrar la iglesia, grita:

"¡Es la fin del mundo! ¡Anda suelto el Anticristo!

¡Es la fin del mundo!" (C.C. pág. 59).

El caso más típico de fanatismo popular es el de la mujer que encuentra a su hijo, recluta, haciendo guardia delante del convento, y clama:

"¡Ladrones!...¡Enemigos malos!...¡Sacar a los mozos de la vera de sus padres para luego hacerlos ir contra - la ley de Dios!...¡Lástima de Inquisición! ¡Afuera de esa puerta, mal hijo! ¡He de hacerte bueno con unas - disciplinas, mal cristiano! ¡Vergüenza de tu madre! Y llegando, le abofeteó en las dos mejillas." (C.C. pág. 65).

El hijo, ante la actitud de su madre, huye y, al convertirse en desertor, es matado. A pesar de su dolor, la madre, frente al cadáver de su hijo, dice:

"No tenía otro hijo, pero mejor lo quiero así muerto, como lo vedes todos agora, que como yo lo vide esta tarde, crucificando a Dios Nuestro Señor." (C.C. pág. 76).

Después de exponernos estos elementos determinantes, en gran parte, de la guerra, Valle-Inclán en su segunda novela, El Resplandor de la Hoguera, nos expone el ambiente que reina en ambos bandos.

Exaltación entre los carlistas, Exaltación por el monarca, por la guerra:

-"¡Muchachos, vamos a pelear por el rey don Carlos! Si vencemos, a todos nos dará su mano por leales y por valientes, como hizo la vez pasada cuando lo de Aoiz. ¡Muchachos, vamos a pelear por el rey y por doña Margarita! Si hallamos la muerte, también hallamos la gloria como soldados y como cristianos. La gloria de la tierra y la gloria de luz que da Dios Nuestro Señor. ¡Ay, mutes de Navarra, vamos también a pelear por nuestros niños los príncipes, que son tan pequeños que ya los ví estar al pecho de la reina! - Los soldados gritarón: ¡Viva Dios! ¡Viva el rey!" (R. H. pág. 109-110).

¿Qué era la guerra para los carlistas, según Valle-Inclán?:

"!Un olvido de la vida y del fin! ¡Un resplandor que calcina todos los pensamientos! ¡Un resplandor y un golpear de fragua que enrojece las almas y las bate como el hierro!" (R.H. pág. 114).

Algo tan excitante como el baile o la siega:

"Las boinas rojas aparecían sobre los riscos. Al ver el empuje de los cagadores, hacían fuego a pecho descubierta y se enardecían con alegres voces, como en la siega y en el zorzico." (R.H. pág. 126).

Algo alegre y cruel a la vez:

"Sonaban las cornetas. Era una alegría luminosa y cruel. como la del sol en el aire de la mañana." (R.H. pág. 131).

La muerte aparece como un juego:

"el otro permanecía sobre los peñascos haciendo un trenzado de zorzico. Vio rebotar la bala, y lanzó un grito animoso y antiguo: ¡Jujurujú!.- Como cabra montés fue saltando de picacho en picacho, hasta lo más alto, y allí comenzó a cargar su escopeta de aldeano cazador. En la orilla del río descubrió al corneta que hacía su mismo alarde, y esperaba con el fusil al brazo, zapateando sobre la hierba. Disparó y quedó inmóvil, restando al otro que destacaba entre los árboles y remontaba la ribera para hacerle puntería." (R.H. pág. 129-130).

O aparece como redención:

"La monja temblaba con el anhelo de la victoria, era un temblor apasionado y fuerte. Comprendía entonces al fin de la guerra, y que la sangre, sobre aquellos campos, era también signo de redención."(R.H. pág.114-115).

Para Valle-Inclán, los carlistas eran, pues:

"Aventureros en su tierra, tenían la alegre fiereza de los soldados antiguos, y el amor de la sangre y de la hoguera. ¡La hermosa tradición española!" (R.H. pág. 96).

Este amor de la sangre ha debido existir siempre y en todos los pueblos, pero en España cobró fuerza y sentido a principios del siglo XIX, en la oposición tenaz que el pueblo ofreció a los ejércitos de Napoleón, en tiempos de la guerra de Independencia.

Ese ardor que suscitó la guerra contra el invasor subsiste aun en viejos y viejas, ahora dirigido contra los liberales, sus compatriotas:

"La canana tengo metida en la ferrada. Así siempre que hay guerra, hijo. ¡No has visto a los negros? ¡Ay!... cuando a todos cortes tú la cabeza, hemos de bailar. Tú con la abuela, que tiene bajo la cama una hoz para degollar negros y franceses." (R.H. pág. 18).

Las guerras civiles, las guerras de religión han sido consideradas siempre como las más crueles. Actos de barbarie los hubo en los dos bandos:

"¡En la otra guerra los dos bandos fusilaron a tanta gente!" (C.C. pág. 25).

Fusilamientos que, en muchos casos, obedecían a represalias, como en el ejemplo siguiente: habla un soldado de las tropas regulares

"Pues don Pedro Mendía, padre del que ahora anda en la facción, sorprendió con su partida a una tropa de veinte hombres y a todos los mandó fusilar. Antes de irse ordenó de marcar veinte árboles con una cruz. Era como a modo de escarmiento. A los pocos días pasamos nosotros con el gran general Mina. Vió las cruces y mandó contarlas: Veinte, mi general. Quedó muy tranquilo. Llegamos por la tarde a Lecaroz. Pues yo creo que ninguno se acordaba, y el general, sin bajarse de su mula, nos di-

jo: Coged cuarenta hombres. No los había si no eran viejos y muchachos, que los mozos todos estaban en la facción. Siempre ha sido gente muy carlista la de Lecaroz. Pues viejos y muchachos, se trajeron aquí en el número de cuarenta, y fueron fusilados.- En los pinos dejamos nosotros cuarenta cruces." (R.H. pág. 104-105).

En general sólo los carlistas justificaban la crueldad:

"La lenidad sólo es condición para el orden sacerdotal".
(C.C. pág. 111).

El ambiente entre los combatientes liberales es completamente distinto; no hay exaltación, ni pasión, sólo desaliento y desconfianza hacia los jefes:

"Atacaremos a los carlistas. Pero no será para vencerlos, sino para justificar una propuesta de recompensas."
(R.H. pág. 44)

El desaliento aumenta debido al convencimiento de las ventajas, la superioridad que concede la guerra de guerrillas al enemigo, Según un capitán liberal, al atacar a un grupo carlista sólo hay dos posibilidades:

"Una, que cuando llegemos se lo haya tragado la tierra. Otra, que tenga noticia de nuestro movimiento y nos sorprenda en el camino eligiendo el sitio, bien atrincherado... Interrumpió el alférez: -Le atacaríamos, mi capitán. -Y nos costaría muchas bajas... Para nada, porque al final se lo tragaría el monte." (R.H. pág. 43).

La sensación predominante es que los carlistas dirigen la guerra a su antojo, mientras el mando liberal no hace más que dar órdenes y contraórdenes sin ton ni son:

"Hecho el alarde de perseguir a los carlistas, venía la orden de replegarse". (R.H. pág. 131).

Todo esto es motivo de desconcierto entre las tropas liberales, y el malestar aumenta por el hecho de hallarse en poblaciones extrañas, partidarias de los carlistas:

"todo en esta tierra nos es hostil", (R.H. pág. 116) dice un recluta.

Para los liberales de aquellas regiones la situación es más crítica todavía:

"La guerra pasará, y nosotros quedaremos, y hemos de vivir juntos acá, que para ello somos de una misma tierra" (R.H. pág. - 103), explica un soldado que ya tiene experiencia de las guerras anteriores, y que al llegar la paz tuvo que "andar" por otras tierras" no sólo por los rencores suscitados, sino porque le entristece la muerte de tantos hombres:

"Yo entonces ya no miraba los bandos sino el hueco, y el luto de las mujeres." (R.H. pág. 104).

En la tercera y última novela sobre la guerra carlista, Gerifaltes de Antaño, mientras los guerrilleros carlistas, retirados momentáneamente de la acción, "comenzaban a mal sufrir el enojo de tantos días de paz" (G.A. pág. 122), "los soldados (liberales) sentían el cansancio de la guerra y deseaban volver a sus casas"

(G.A. pág. 20), pues los vaivenes de la política privaron de todo sentido la contienda. La desconfianza hacia los altos jefes "que tienen la estrategia de las veletas" (G.A. pág. 25), se adentúa. El oficial liberal "obedecía las órdenes sin concederles ningún valor, convencido de que la guerra acabaría cuando todos se cansasen. Tenía la misma desilusión que los soldados y la misma desconfianza." (G.A. pág. 21).

El recelo y la repulsa hacia la política del gobierno de Madrid se hace más evidente en el momento del sitio de Otáin por Santa Cruz, pues se deduce por las órdenes del estado mayor general que los sitiados no recibirán ayuda alguna:

"La República necesita que haga una degollina Santa Cruz" piensan los oficiales, pues, "los carlistas trabajan en las cortes europeas para obtener la beligerancia. Y...la beligerancia equivaldría a tener abierta la frontera y el comercio de armas...Hace falta una degollina para presentar a los carlistas como hordas de bandoleros. Entonces Castelar alzaré los brazos al cielo, jurando por la sangre de tantos mártires, y pasará una nota a todos los embajadores." (G.A. pág. 27). También los carlistas opinaban: "Las naciones nos hubieran concedido la beligerancia sin las ferocidades de Santa Cruz." (R.H. pág. 64).

¿Quién era pues este Santa Cruz que según carlistas y liberales hacía la guerra "como un bandolero" (R.H. pág. 65), y cuya

crueldad era "como la del viñador que enciende hogueras contra las plagas de su viña?". (G.A. pág. 45).

Santa Cruz, el cura de Hernialde, aparece en El Resplandor de la Hoguera pero su figura adquiere mayores proporciones, y se convierte, por decirlo así, en el prototipo del guerrillero carlista, en Gerifaltes de Antaño. Es la figura dominante de la novela. Valle-Inclán sólo le opone como personaje importante por su valor, nobleza y su odio al enemigo a... una mujer, la marquesa de Redín, viuda del héroe de los Arapiles. La marquesa de Redín espera con entereza a los carlistas que vienen a aprehenderla:

"La anciana señora, advertida por sus criados, los esperó en la saleta de su tertulia sentada en un sillón, erguido el busto y la mano apoyada sobre el cojín de la muleta. Era la misma actitud solemne con que había recibido al señor general Don Enrique España. A su lado, en pie, un poco trémula, estaba Eulalia. La marquesa de Redín, viendo entrar a los voluntarios, levantó muy severa los ojos hasta su nieta, y le advirtió en voz baja: Eulalia, no olvides que esta gente puede matarnos; lo que no puede es vernos temblar... ¡Nada de lágrimas ni de súplicas, hija mía!" (G.A. pág. 30).

El pueblo respeta a la marquesa por su valor:

"Cuando salió la marquesa de Redín hubo un instante de silencio. Luego, definitivamente cesaron algunas voces, y otras siguieron contanto más indecisas. La gente se

apartaba y hacía sitio con temeroso respeto a la vieja dama que iba entre soldados." (G.A. pág. 31).

Cuando algunos carlistas borrachos, tras un breve juicio, mandan emplumar a la marquesa de Redín, y la hacen pasear por el pueblo a lomo de burro, los habitantes no pueden sin embargo reprimir su curiosidad y regocijo ante tal espectáculo.

La marquesa es el único personaje en el bando liberal capaz de sentimientos exaltados, despiadados. Incita así al coronel Guevara a la captura de Santa Cruz:

- "¿Usted es soltero, señor coronel?

- "Sí, señora.

- "Yo, si fuese hermosa y joven, le ofrecería mi mano a cambio de la cabeza de Santa Cruz. Soy una vieja, pero al que me trajese en un saco la cabeza de Santa Cruz, y me la pusiese sobre la mesa..." (G.A. pág. 98).

Y cuando el coronel le asegura "mañana mismo estaremos de vuelta trayendo prisionero a Santa Cruz", la marquesa exclama:

- "Coronel Guevara, sólo le pido a usted que lo fusile en lugar donde yo pueda verlo desde mis ventanas".

(G.A. pág. 99).

Veamos ahora como Valle-Inclán nos pinta al cura Santa Cruz que "tenía parciales en todos los pueblos y aldeas (pues) sabía ganarlos unas veces con clemencia y otras con duras justicias" (G.A. pág. 145), como cuando, al atacar las villas que no habían opuesto

resistencia a los republicanos, sus hombres "quemaban las puertas de las casas, apaleaban a los viejos y hacían correr a las mujeres con los niños en brazos". (G.A. pág. 16)

Santa Cruz es el fanático que sabe "la verdad de la guerra y el mezquino don de la vida" (G.A. pág.54), y por lo tanto hace "la guerra a sangre y fuego, con el bello sentimiento de su idea y el odio del enemigo".

La guerra que hacen los pueblos cuando el labrador deja su siembra y su hato el pastor. La guerra santa, que está por encima de la ambición de los reyes, del arte militar y de los grandes capitanes." (G.A. pág. 49)

Para realizar esta guerra santa, el cura de Hernialde se rodea de:

"vendimiadores y pastores, lañadores que van pregonando por los caminos y serradores que trabajan en la orilla de los ríos; carboneros que encienden hogueras en los montes y alfareros que cuecen teja en los pinos, gente sencilla y fiera como una tribu primitiva, cruel con los enemigos y devota del jefe. Aldeanos que sonríen con los ojos llenos de lágrimas oyendo cuentos pueriles de princesas emparedadas y que degollaban a los enemigos con la alegría santa y bárbara, llena de bailes y de cantos, que tenían los sacrificios sangrientos ante los altares de piedra en los cultos antiguos". (G.A. pág. 15).

Con sus guerrilleros, Santa Cruz ataca de noche y en silencio "son lobos que conocen las madrigueras del monte y corren de noche con toda seguridad" (R.H. pág. 89). Valle-Inclán insiste en esta comparación en Gerifaltes de Antaño (pág. 15):

"Santa Cruz volvió a caer sobre Otáin. Desde los hayados del monte bajó como los lobos al ponerse el sol, y corriendo en silencio toda la noche, llegó a las puertas de la villa, cuando cantaban los gallos del alba."

Estas audaces apariciones aumentan el prestigio de Santa Cruz. El mismo se considera como el único guerrillero auténtico "si caigo -le dice a don Pedro Mendía- cuente usted que acaba conmigo la guerra de partidas, la verdadera guerra." (G.A. pág. 129).

En su soberbia, en su convencimiento de que él solo posee la verdad, Santa Cruz rehusó presentarse en Estella al ser requerido por don Carlos; hizo fusilar por una simple sospecha a Miquelo Egoscué, jefe de otra partida carlista: y, "por castigar las deserciones que comenzaban en su hueste, bajó a incendiar los caseríos, donde, al huir de su bandera, se habían acogido algunos partidarios de Miquelo Egoscué." (G.A. pág. 88).

Sus propios amigos, como Pedro Mendía, consideran a Santa Cruz "fiera y no hombre" (G.A. pág. 126).

En realidad una gran ambición le domina "quería reunir bajo su mando todas las partidas guipuzcoanas y realizar el sueño que tuvo una mañana inverniza al salir con tres hombres de su iglesia de Hernialde".

"Iba a ser sólo" (G.A. pág. 42)... y haría "la guerra conforme la tradición pedía. No le turbaba el remordimiento. Era su alma una luz clara y firme como piedra de cristal..." (G.A. pág. 54). Este místico que menosprecia la vida, a pesar de no sentir remordimiento "por haber fusilado", nos dice: "los tendré, en su día, cuando acabe la guerra, pero en tanto no les doy entrada. Necesito saber que hago bien para seguir haciéndolo. Si una vez admitimos la duda, había concluído por siempre jamás Manuel Santa Cruz". (G.A. pág. 118).

Este rechazo de la duda es propio del fanático, del hombre de acción, pero el hecho de que Santa Cruz sea consciente de ello le confiere un valor humano.

La duda, y con ella la humildad, acaban por hacer presa en Santa Cruz cuando, perseguido por republicanos y carlistas, en el momento en que se siente perdido, le llega la oferta de reconciliación del general carlista Lizárraga y la noticia de la retirada de los republicanos. Sobrecogido, Santa Cruz murmura: "recemos el rosario y demos gracias a Dios". "El me salva, no sé si de ser Judas, sí de ser Caín!" (G.A. pág. 147).

El guerrero incommovible vuelve a ser hombre y así concluyen para Valle-Inclán las guerras carlistas.

U N A M U N O

Miguel de Unamuno y Jugo nació en Bilbao el 29 de septiembre de 1864. Cursó la primera y segunda enseñanza en su villa natal, y en 1880 fue a Madrid a cursar Filosofía y Letras en la Universidad Central. Se doctoró en 1884. Desde esa fecha, hasta 1891, se dedicó a la enseñanza privada en Bilbao y en este último año ganó por oposición la cátedra de Lengua y Literatura Griegas en la Universidad de Salamanca. En 1901 fue designado Rector de la misma Universidad, cargo del que fue destituido en 1914 por disensiones con el Gobierno. En febrero de 1924, a raíz de sus disidencias con el gobierno de Primo de Rivera, fue deportado a la isla de Fuerteventura, de la que unos amigos le ayudaron a fugarse a Francia; residió en Hendaya hasta 1930. En 1931, al proclamarse la República, fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes. Pasó largas temporadas en Madrid. En 1934, con motivo de su jubilación, la Universidad de Salamanca le hizo un gran homenaje. Murió el 31 de diciembre de 1936, en Salamanca.

Unamuno escribió ensayos, poesía, teatro, novelas y una sola novela, Paz en la Guerra, de la cual nos ocuparemos en este estudio, pues en ella Unamuno nos habla de la guerra carlista de 1872 a 1876, y del sitio de Bilbao, que vivió a la edad de diez años.

La trama de la novela nos la da, pues, una vivencia personal de Unamuno, según nos dice él mismo en el prólogo de Paz en la Guerra:

"Aquí recogí la flor y el fruto de mi experiencia de mi

niñez y mocedad, aquí está el eco y acaso el perfume de los más hondos recuerdos de mi vida y de la vida del pueblo en que nací y me crié."

Esa vivencia de su infancia, Unamuno la completa documentándose profusamente. Así:

"Esta obra es tanto como una novela histórica, una historia anovelada. Apenas hay en ella detalle que haya inventado yo. Podría documentar sus más menudos episodios." (P.G. prólogo 2a. edición).

Para Unamuno, la guerra carlista adquiere valor de símbolo. Símbolo que seguía vivo en 1923, fecha de la segunda edición de su novela, y que se tornó realidad y le atormentó en los últimos días de su vida.

La contienda entre los dos bandos fue para él la revelación de la historia y de lo que no es historia, la intrahistoria, de la cual nos habla en En Torno al Casticismo:

"Al hablar de un momento presente histórico se dice que hay otro que no lo es, y así es en verdad. Pero si hay un presente histórico, es por haber una tradición del presente, porque la tradición es la sustancia de la historia. Esta es la manera de concebirla en vivo, como la sustancia de la historia, como su sedimento, como la revelación de lo intrahistórico, de lo inconsciente en la historia...

Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que

reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre - un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del "presente momento histórico", no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura, no mayor con respecto a la vida intrahistórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro...Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo del mismo mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentira que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros, y papeles, y monumentos, y piedras." (T.C. pág. 28-29).

Paz en la Guerra nos muestra la bulla de la historia: un "destruir en medio del estruendo lo existente" (Prim), y el silencio de los que constituyen la intrahistoria:

"Eran los silenciosos, la sal de la tierra, los que no gritan en la historia" (P.G. pág. 71).

Por eso, los protagonistas de Paz en la Guerra no son héroes en el sentido de héroes históricos, son únicamente los representantes de la intrahistoria, de la que son arrancados momentáneamente por el acontecer histórico. Uno de los personajes más representa-

tivos de esa vida intrahistórica es Pedro Antonio Iturriondo, pequeño comerciante de origen campesino:

"En la monotonía de su vida gozaba Pedro Antonio de la novedad de cada minuto, del deleite de hacer todos los días las mismas cosas, y de la plenitud de su limitación. Perdíase en la sombra, pasaba inadvertido, disfrutando, dentro de su pelleja como el pez en el agua, la íntima intensidad de una vida de trabajo, oscura y silenciosa, en la realidad de sí mismo, y no en la apriencia de los demás." (P.G. pág. 13).

Pedro Antonio tuvo sin embargo su época histórica, heroica, cuando aconsejado por sus parientes participa como voluntario carlista en la primera guerra, la de los siete años:

"¡Cuánto hemos sufrido por la causa! ¡Qué de sacrificios! No me ha producido más que disgustos...
¡Valiente cosa sacamos de la guerra! Todo eso es bueno para contarlo... Paz, paz, y gobierne quien gobierne, que Dios le pedirá cuentas al fin y al cabo".
(P.G. pág. 12).

Pero la tentación histórico-heroica es muy fuerte y "bajo sus himnos a la paz (quedaba) el rescoldo del amor a la guerra" (P.G. pág. 13).

Esa dualidad entre el amor a la guerra y el amor a la paz lo hace exclamar al contemplar a su hijo:

"¡Qué buen soldado hubieras hecho!... Pero gracias a

Dios vivimos en paz...Ea...ca...ca! (P.G. pág. 18).

Más tarde

Pedro Antonio dirá: "con deleite leer los relatos de la campaña de Italia, entusiasmado con los zuavos, con el guerrero cristiano, cuya dignidad decía el tío Pascual ser la más alta después de la del sacerdocio". (P. G. pág. 27)

Y la dualidad paz guerra, inherente al hombre, subsiste por los acontecimientos que hacen que la guerra siga siendo el tema predilecto de tertulias y conversaciones:

"Estalló la insurrección montemolinista de Cataluña; no escaseó el convenido de Vergara sarcasmos a cuenta de aquellos oficiales catalanes que no habían gozado de convenio alguno, y animose la tertulia con diarias peleas entre él y Gambelu, idólatra de Cabrera, y que achacaba a los ricos los males todos. La entrada de Cabrera en Cataluña, la suerte varia de sus armas, su victoria en Aviñó, su extraña humanidad, la unión de carlistas y republicanos, y el fin de la guerra dieron pábulo a la tertulia." (P.G. pág. 16).

Además, los curas no dejaban de atizar el fuego, de fomentar la discordia, la guerra.

"Les mandan predicar paz y predicán guerra!"(P.G. pág.79)

"La culpa tiene quien deja libres a los curas, que abu-

san de tal modo del confesionario...

"Si, lo dicho -prosiguió, exaltándose a no verse contradicho-; lo menos cuarenta curas se han ido al monte...¿Les parece a ustedes?. (P.G. pág. 82).

"Lo que es en eso tiene razón la Guerra, aquí no hay más enemigos que el cura y el aldeano."(P.G. pág. 167)

"Sostenía La Guerra que la insurrección carlista había salido de las logias de los jesuitas y de los antros del Vaticano, y que en Bilbao se defendía la causa del libre examen, del racionalismo, contra la fé dogmática". (P.G. pág. 170).

Al iniciarse la guerra por orden del pretendiente:

"Querido Rada: El momento solemne ha llegado. Los buenos españoles llaman a su legítimo Rey, el Rey no puede desoír los clamores de la patria.

Ordeno y mando que el día 21 del corriente se haga el alzamiento en toda España, el grito de ¡abajo el extranjero! ¡Viva España! ¡Viva Carlos VII!.

Yo estaré de los primeros en el puesto de peligro. El que cumpla, merecerá bien del Rey y de la patria; el que no cumpla, sufrirá todo el rigor de mi justicia.

Dios te guarde.- Carlos". (P.G. pág. 81).

La historia vuelve a hacer irrupción en la vida sosegada de Pedro Antonio y de los demás habitantes de Bilbao, cuya vida de trabajo callado y rutinario era la base del progreso de la ciudad

liberal y comerciante:

"Aunque los bilbaínos nos hiciéramos carlistas, Bilbao seguiría siendo liberal, o dejaría de ser Bilbao... Sin eso no hay comercio posible, y sin comercio, no tiene razón de ser este pueblo." (P.G. pág. 155).

La guerra despierta la exaltación de viejos y jóvenes:

"Pedro Antonio se creía a ratos transportado a sus años de exaltación de vida, enardeciéndole aquel entrar y salir de tropas; los ecos de las cornetas le batían los recuerdos". (P.G. pág. 91).

"Los jóvenes, amamantados por sus padres con los recuerdos de los siete años, llegados a edad madura, no querían ser menos que ellos." (P.G. pág. 77).

Por su parte, los padres incitan a los hijos a tomar parte en la contienda: "Vete, vete Ignacio (lo dice Pedro Antonio a su hijo). Vete pronto y acabar con ellos..." (P.G. pág. 91).

¿Qué significaba la guerra para los jóvenes que habían empuñado las armas, para Ignacio el hijo de Pedro Antonio, nuestro héroe?

Cuando niño, las lecturas de Ignacio se reducían al santoral:

"Allí aprendió Ignacio el heroico valor de los mártires, a Lorenzo que pedía le diesen media vuelta para tostarle el otro costado, a tiernas vírgenes que desde la hoguera alababan al Señor. También llevó el tío

una leyenda semihistórica de las Cruzadas, y en las noches en que la leía soñaba Ignacio con caballeros piadosos, frailes guerreros, muchedumbre vocingleras, con Saladino y Godofredo, y oyendo a los cruzados gritar: "Dios lo quiere y el rey lo manda", veíales, al modo que los representaba un grabado del libro, alzar en sus manos sus ballestas al cielo, y cantar al Dios fuerte a la vista de Jerusalén." (P.G. pág. 24).

Ya adolescente, Ignacio leía "pliegos sueltos de papel":

"Aquellos pliegos encerraban la flor de la fantasía popular y de la historia; los había de historia sagrada, de cuentos orientales, de epopeyas medievales, del ciclo carolingio, de libros de caballerías, de las más celebradas ficciones de la literatura europea, de la crema de la leyenda patria, de hazañas de bandidos, y de la guerra civil de los siete años. Eran el sedimento poético de los siglos... (y pintaban) un mundo rudo y tierno a la vez, de caballeros que lloran y matan, con corazones de cera para el amor y de hierro para la pelea, que corren aventuras entre oraciones y estocadas..." y "...como último eslabón de aquella cadena de héroes, sellando la realidad de aquella vida, Cabrera." (P.G. pág. 28-29).

Así pues, Ignacio tenía una visión irreal, romántica, heroica de la guerra, y como el ardor de su juventud había sido encau-

zado por su tío el cura y por sus padres hacia el carlismo, resultó que "todo aquel mundo de ideas al reflejarse en su mente (formó) apretada masa, sobre la que flotaba neto el lema (carlista): ¡Dios, Patria y Rey!, lleno de poderoso misterio." (P.G. pág. 49).

Convencido de que no era la guerra lo que venía sino el triunfo, Ignacio se consideraba ya vencedor, y en su mente renacían las antiguas leyendas de amor al pensar en Rafaela:

"La veía caer llorando en brazos del vencedor, y ampararse en su fuerza, mientras en el fondo oscuro de su alma se agitaba la leyenda de Flores y Blancaflor".
(P.G. pág. 160).

La guerra para la juventud representaba la aventura, la evasión, la ocasión de afirmarse o de combatir por la fe:

"¡Qué diversidad de gentes bajo la bandera blanca! Píadosos cruzados de alma pura, ex congregantes de San Luis Gonzaga; carlistas de sangre, hijos de veteranos del 33; muchachos enamorados de la vida aventurera que desconocían, y ansiosos de hacer el héroe: aristócratas calaveras; hijos de familia escapados de casa, habiendo entre ellos quien se había ido huyendo del efecto que habrían de producir en sus padres las calabazas de junio; desertores; aventureros de todas partes que acudían como zánganos a la colmena; gentes sedientas de venganza, otros; quién a que le pagaran tal cochinado, quién a vengar la deshonra de su hermana, seducida por un negro; no pocos

llevados por la nostalgia del combate, y los más sin saber por qué, porque iban los otros; de puro brutos muchos, de desesperación, otros; por vivir sin trabajar los más." (P.G. pág. 102).

La guerra no responde a la visión que de ella tienen los jóvenes y muy pronto empiezan las desilusiones; no hay batallas, sólo hombres mal armados, y caminatas forzosas en busca de raciones sacadas a los campesinos; y en ese caminar por montes y campos se olvida la guerra:

"¿Guerra en el silencio del campo! ¡Guerra en la paz de las arboledas?" (P.G. pág. 93).

Después del primer encuentro con el enemigo la desazón que produce oír el tiroteo sin ver nada y seguir a los que corren obedeciendo órdenes sin saber ni por qué ni a dónde: "¿Y era aquello? ¿Era aquello la guerra? ¿Para aquello había salido de casa?" (P.G. pág. 95); se preguntaba Ignacio que recordaba el ardor que ponían niños y adolescentes en las pedreas y las visiones despertadas en él por sus lecturas; aquellos combates imaginarios en los que tomaba parte:

"Viéndose acuchillando turbantes, cotas y mallas de acero, bajo forma de rosos y de guerreras, en el campo en que corría la sangre como cuando está lloviendo; y aun asomaba el gigantazo Fierabrás de Alejandría, que era una torre de huesos, y a quien él, nuevo David, derribaba de una pedrada." (P.G. pág. 124).

Ignacio ansiaba una batalla cuerpo a cuerpo, pues mientras el enemigo no era más que una masa confusa, la batalla "era una cosa fría, mecánica, algo como de oficio y fórmula, una mentira, una verdadera mentira." (P.G. pág. 111).

Algo semejante sucedía entre todos los que habían tomado las armas, pertenecieran al bando carlista o al de los defensores de Bilbao:

"Desde mediados del 73 vivía don Juan en indignación continua, por la apatía gubernamental. ¡Para eso habían tomado el arma él y su hijo!" (P.G. pág. 131).

Y es que la exaltación guerrera y el anhelo de paz, estas dos tendencias existen en el hombre, y según las circunstancias dominan una u otra. Nadie más indicado que Unamuno para hablarnos de esta contradicción interna, pues en él claramente distinguimos estas dos actitudes: el Unamuno agónico, el que quiere ser consciente y que todos lo sean:

"Hay que provocar descontento; hay que agitar los espíritus; hay que suscitar cuestiones, preguntas, dudas. Tiene que despertar de su modorra el pueblo español. (Citado por M. de Maeztu en Antología. Siglo XX, pág. 31).

"Porque lo que hay que hacer para salvar a España es desencadenar un delirio, un vértigo, una locura cualquiera sobre estas pobres muchedumbres ordenadas y tranquilas que nacen, comen, duermen, se reproducen

y mueren." (Antología. Siglo XX, pág. 33).

Y el Unamuno contemplativo que descubre la eternidad en la soledad y silencio de la naturaleza, que busca la verdadera tradición, la eterna, en el mundo de los silenciosos,

"de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madreporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia." (T.C. pág. 28).

En el transcurso de la novela, sobre la trama del acontecer histórico va surgiendo nuevamente lo que es más que "un presente fugitivo", la expresión de lo que perdura de la intrahistoria: la paz.

La paz que la naturaleza, los seres "naturales", la costumbre y el sueño nos brindan.

Ya hemos visto que la naturaleza es incompatible con la guerra: "¿Guerra en el silencio del campo? ¿Guerra en la paz de las arboledas?".

También es contraria a otras manifestaciones de la historia, como la llegada del rey, héroe de las masas.

"La villa entera salió a su encuentro. Algunas viejas lloraban, algunas madres alzaban a sus pequeños para que le vieran, y otras, llevándolos en

brazos, forcejeaban entre la muchedumbre, mientras ellas lloraban; peleábase la gente por besarle la mano, el pie, lo que pudiera alcanzar, y hubo mujer que, a falta de otra cosa, besó la cola del caballo que le servía de pedestal." (P.G. pág. 113).

En oposición a tan desenfrenadas muestras de entusiasmo:

"La naturaleza recibía indiferente al Rey, sin un gesto, sin un saludo." (P.G. pág. 113).

También Unamuno establece el contraste entre el mundo de la naturaleza de los "calmosos campos... y las eternas montañas de silencio". Y el mundo "de las ciudades, donde sólo piensa el hombre en deshacer lo hecho, y en cambiar el perdurable curso de las cosas." (P.G. pág. 105).

Para los hombres que están más en contacto con la naturaleza, la guerra es algo carente de sentido:

"(los campesinos) sudaban en la heredad, inocentes del curso de la historia, y a oscuras respecto a lo que fuese la guerra. Para ellos había guerra como pudiera haber tronado, o un año de sequía, o de epidemia en el ganado." (P.G. pág. 105).

Las mujeres en Unamuno son en general seres contemplativos, naturales, en los que el hombre encuentra paz, refugio; participan en cierto modo en esa esencia eterna de la naturaleza. En Unamuno, nos dice C. Blanco, el trayecto del hombre es: "de la madre a la madre tierra". La reacción de la mujer ante

la guerra es el repudio, pues:

"¿A qué conducía todo aquello? ¿Para qué aquel destrozo? Liberales, carlistas, republicanos, monárquicos, radicales, conservadores, progresistas. libertad de cultos, unidad católica, sufragio universal... ¡Cosas de hombres! (que sólo suscitan) sentimientos de irritación y de odio contra aquellos hombres que guerreaban y una idea tan profunda como inconsciente, de lo estúpido de la guerra, de lo estúpido y brutal de aquellas cosas de hombres... que juegan a la guerra como los niños, y se empeñan luego en que las pobres mujeres les crean que pelean por cosas serias." (P.G. págs. 175,180 y 181).

También llega para el hombre que combate el momento en que se pregunta: "¿A qué viene la guerra?" (P.G. pág. 199). Y la reacción frente a esta tensión que produce el guerrear:

"(Ignacio) guerdó cama, cayendo en una especie de marasmo dulcísimo, en que se sentía pregenerarse como fermentando al fomento de la lluvia lenta y tenaz que le había calado. Parecíale la guerra un cuento, y el mundo un sueño...(Y después el goce ante) las pequeñeces diarias, contemplando los árboles desnudos de hojas sobre el campo verde en las soleadas tardes de invierno, y a lo lejos,

el espinazo de Oiz, blanco con su manto de nieve."

(P.G. pág. 128-129).

El poder de lo cotidiano que hace su aparición junto a los acontecimientos sobresalientes de la historia surge como leitmotiv en esta alternancia de capítulos sobre los guerrilleros carlistas, que andan por los montes, los liberales defensores de Bilbao, y la población civil.

"Seguía en tanto la vida ordinaria, tejiendo en su lento telar su infinita trama." (P.G. pág. 143).

"Fue la gente acostumbrándose, y los mismos que ha cía dos años cerraron sus tiendas el día de la Ascensión, llenos de pánico al oír cuatro tiros al aire, oían tranquilos reventar las bombas, que era un suceso más entre los diarios sucesos incor porados ya a la trama de la vida ordinaria." (P. G. pág. 149).

"Iba y venía la gente con las preocupaciones cotidianas, a la hora de siempre pasaba el mismo de siempre por la calle, con su mismo paso, como si nada extraordinario ocurriese, a ganarse la mante nencia, viviendo vida de paz en el seno de la gue rra." (P.G. pág. 150).

"Serenos y asentados palpitaba en la comunión de aquellos hombres el verdadero valor, el que se aprende en la paz del trabajo. Eran sus reuñio-

nes de paz en la guerra." (P.G. pág. 155).

Inclusive para los guerrilleros carlistas, la guerra acaba perdiendo todo sentido al convertirse con el tiempo en tarea-oficio, desprovista de su valor de excepción.

"Ignacio cargaba su fusil con regularidad, como hacían todos en derredor de él. Era la faena, la obligada - faena, a la que estaban atentos, absortos en la acción del momento, y sin cuidarse del peligro. Trabajaban como en una fábrica los obreros, sin conciencia de la finalidad de su trabajo, sin idea alguna del valor social de éste." (P.G. pág. 194).

"Pero era brutal y sobre todo estúpido, realmente estúpido, totalmente estúpido. Se mataban por otros, - para forjar sus propias cadenas, no sabían por qué se mataban. Formaban en dos ejércitos enemigos, y asunto concluído. El enemigo era el enemigo, y nada más; el de enfrente, el otro. La guerra era para ellos la tarea de oficio, la obligación, el quehacer." (P.G. - pág. 208).

Y la guerra era tanto más estúpida por ser los combatientes hijos de un mismo pueblo que:

"Peleando los unos con los otros habían aprendido a - compadecerse; una gran piedad latía sobre la lucha; - sentían en ésta la solidaridad mutua como base, y de ella subía al cielo el aroma de la compasión frater-

nal." (P.G. pág. 208).

"Avisábanse todos los días de uno a otro campo la hora en que había de empezar el cañoneo, y más tarde llegó a dispararse con pólvora sola, por cumplir. Eran días de laxitud, en que llegó a darse el caso de que un cabo de avanzada carlista guiara a su relevo a un batallón enemigo descarriado. Hubo que prohibir, en algún punto de la línea carlista, que fuesen los muchachos a las posiciones enemigas." (P.G. pág. 210).

¿Y cuáles son las consecuencias de la guerra, si no muerte y destrucción tanto en vencedores como en vencidos?

"El ejército libertador, descalabrado y hecho una lástima, entró por el Puente Viejo, único que quedaba en pie, por el puente de los viejos recuerdos de la villa, blazón de sus armas, testigo de sus intestinas turbulencias; fue recibido por el consejo, y atravesó el pueblo hecho jirores. Pasaban con caras pálidas de fatiga entre otras pálidas de miseria y con el sello de las tinieblas, y nada de entusiasmo loco, sino algunas vivas, - mucha solicitud y corrientes de mutuo cariño compasivo. Cerníase sobre la alegría un inmenso luto, y la dulce dejadez soñolienta de la convalecencia. Diríase que acababan de salir de un doloroso sueño. Pasaba sobre to dos una ardorosa sed de descanso." (P.G. pág. 184).

Más adelante, Unamuno nos habla de los muertos innumerables...

¡y tan cercanos a la naturaleza!

"Los pobres quintos nacionales caían como la mies dorada en sus llanuras cae bajo la segur.

Al morir los pobres se apagaban sus recuerdos, la visión de su serena campiña y de su cielo, sus amores, sus esperanzas, su mundo; el mundo todo se les desvanecía; al morir ellos, morían mundos, mundos enteros, y morían sin haberse conocido". (P.G. pág. 199).

Con la muerte abordamos el problema central de toda la obra de Unamuno. "La obra de Unamuno -nos dice C. Blanco- puede reducirse en último término a su vida, y en ella a la búsqueda encarnizada de la fe en la inmortalidad. Pero no, naturalmente, de una inmortalidad cualquiera, sino de una "inmortalidad de carne y hueso". Fe que perdió en su adolescencia y cuya carencia despierta en él - angustia, terror a la nada. Y de aquí su lucha entre su corazón y su mente, entre su deseo de vivir intensamente, conscientemente, en guerra contra todo y contra todos, y su aspiración a la contemplación, a la paz.

En Paz en la Guerra, título que adquiere su significado pleno después de planteado este problema, Unamuno nos comunica una revelación de su juventud de tipo místico que momentáneamente le permitió superar ésta su contradicción interna.

Pero antes de llegar a esta culminación de la novela, estudiemos la muerte de Ignacio y su repercusión en los dos protagonistas de Paz en la Guerra, Pedro Antonio y Pachico Zabilde.

Al describir la muerte de Ignacio, Unamuno nos dice:

"Cerráronse, por fin, sus sentidos al presente, se des-
plomó su memoria, se recogió su alma y brotó en ella
en visión espesada, su niñez, en brevísimo espacio de
tiempo. Tendido en el campo el cuerpo, pendiente al
borde de la eternidad el alma, revivió sus días fres-
cos, y en instante preñado de años, desfiló, en orden
inverso al de la realidad, el panorama de su vida.

En su cara quedó la expresión de una calma serena,
como la de haber descansado, en cuanto venció a la vi-
da, en la paz de la tierra, por la que no pasa un mi-
nuto. Junto a él resonaba el fragor del combate, mien-
tras las olas del tiempo se rompían en la eternidad."
(P.G. págs. 204-205).

La muerte es, pues, la negación del tiempo, el regreso a la -
paz de la tierra.

A Pedro Antonio, la muerte de su hijo le produce un dolor sor-
do, constante:

"Pensaba en su pobre hijo de continuo, mas con pensa-
miento tan lento, tan lento que parecía inmóvil en di-
fuminada y en vaga visión que penetraba sutil en sus -
pensamientos todos. Era como si el recuerdo de su hijo
llenase su alma cual una sola inmensa nube oscura y -
compacta cubre con su homogéneo tono a la tierra, sumi-
da entonces en penumbra. Bajo el recuerdo yacía entume-

cido el dolor." (P.G. pág. 225).

La muerte de Ignacio implicará para Pedro Antonio la muerte de la causa por la cual su hijo dio la vida, la vuelta a lo cotidiano:

"Pedro Antonio abandonábase a todo dejándose mecer en el vaivén suave de los habituales sucesos cotidianos." (P.G. pág. 225).

la vuelta a la naturaleza:

"(Iba) a pasearse por el vallecito nativo, a cunar su espíritu en la contemplación del contorno. Aquel sereno espectáculo era el lazo espiritual entre las generaciones de la aldea; sobre aquella visión de calma habíanse sucedido, cual sobre permanente fondo, los lentos procesos de la vida interior de los abuelos y se sucederían los de los nietos de los nietos." (P.G. pág. 232).

Esta contemplación, esta impresión de formar parte de un todo en que el nacer y el morir son ley inexorable darán resignación y calma a Pedro Antonio y en él brotará la esperanza de vida eterna.

Después de la muerte de su mujer, Pedro Antonio vive en cierto modo fuera del tiempo:

"Van fundiéndose en su alma los recuerdos de la guerra reciente con los de su guerra, la de los siete años; confúndensele los tiempos en la perspectiva mental; se le aglomeran los años, borrándosele poco a poco los úl

timos y amargos; y, como de un paisaje anegado en niebla las lejanas montañas limpias y serenas, sobrenadan en su memoria los antiguos sueños de gloria. Mas también éstos acaban por convertirse en nube incorpórea de un mundo ideal y perdido, del cual brota como un canto épico, íntimo, recogido y silencioso." (P.G. pág. 261).

No sólo se le confunden los tiempos, sino que él mismo se confunde con la naturaleza.

"Refleja en el mundo de fuera, el de las líneas, los colores y los sonidos, su íntima paz; y de este reflejo, acrecentado, al llegar a ella, en la resignación de la naturaleza inocente y desinteresada, refluyen a él como de fuente viva, en reflejo de reflejo, nuevas corrientes de dulce calma, estableciéndose así mutua vivificación." (P.G. pág. 261).

Estos últimos días de su vida son la culminación de la vida intrahistórica y un anticipo de la vida eterna:

"Vive en la verdadera paz de la vida, dejándose mecer indiferente en los cotidianos cuidados: al día, mas reposando a la vez en la calma del desprendido de todo lo pasajero: en la eternidad; vive al día en la eternidad. Espera que esta vida profunda se le prolongue más allá de la muerte, para gozar, en un día sin noche, de luz perpetua, de claridad infinita, de des-

canso seguro, en firme paz, en paz inperturbable y - segura, paz por dentro y por fuera, paz del todo permanente. Tal esperanza es la realidad, que hace de su vida pacífica en medio de sus cuidados, y eterna dentro de su breve curso perecedero. Es ya libre, - verdaderamente libre, no con la ilusoria libertad - que se busca en los actos, sino con la verdadera, con la del ser todo; en pura sencillez se ha hecho libre." (P.G. págs. 261-262).

La muerte de Ignacio será para Pachico Zabilde, protagonista y en cierto modo espectador de esta novela, como una revelación de la intrahistoria.

"¿Una vida perdida? ¿Perdida... para quién? ¿Para él acaso, para el pobre Ignacio?... Tales vidas son la atmósfera espiritual de un pueblo, la que respiramos todos y a todos nos sustenta y espiritualiza.

Y añade Unamuno: Venían las olas a quebrarse a sus pies, disipándose en la arena, unas, rompiéndose con ruido y en espuma contra las rocas, otras. Una ola muerta... ¿muerta? Allá venía otra, a morir también, y las aguas siempre las mismas. Por debajo del oleaje, obra del viento en el pellejo tanto sólo del inmenso océano; por debajo del oleaje, contra su dirección tal vez, sin obedecerle, marchaba incesante el curso perdurable de las aguas profundas, en corro sin

cesar recommenzado." (P.G. pág. 224).

El espectáculo del oleaje del mar viene a completar la revelación que de la intrahistoria ha tenido Pachico con la sugerencia de la continuidad de la vida, pese a la muerte de los individuos. Unamuno emplea aquí una metáfora semejante a la que emplea en En torno al Casticismo para expresar lo pasajero y superficial de la historia y lo hondo y duradero de la intrahistoria.

La contemplación de la naturaleza despierta en Pachico un estado de ánimo semejante al que provoca en Pedro Antonio. Sólo que Pedro Antonio es un ser de la intrahistoria, sin conciencia clara de sus problemas, y Pachico es consciente de ellos. Así leemos que:

"Pachico ha sacado provecho de la guerra, viendo en la lucha la conciencia pública a máxima tensión. Se le va curando, aunque lentamente y con recaídas, el terror a la muerte, transformado en inquietud por lo estrecho del porvenir; siente descorazonamiento al pensar en lo corto de la vida y lo largo del ideal, que un día de más es un día de menos, pareciéndole a las veces que nada debe hacerse, pues que todo queda incompleto, mas se sacude pronto del todo o nada de la tentación luciferina." (P.G. pág. 262).

En cuanto al problema de la guerra y la paz, Pachico lo encuentra planteado también en la naturaleza:

"Contempla Pachico las quietas y apacibles formas de aquella lucha silenciosa, viendo en la paz del bos-

que la alianza del grande con el pequeño, del vencedor con el vencido, la humildad de éste, la miseria del parásito. La guerra misma se encierra en paz." (P.G. pág. 262).

La guerra de los elementos le lleva a pensar en las guerras que se hacen los hombres:

"Muéstraselo la historia lucha perdurable de pueblos, cuyo fin, tal vez inasequible, es la verdadera unidad del género humano; lucha sin tregua y descanso. Luego, zahondando en la visión de la guerra, sumerge su mente en la infinita idea de la paz." (P.G. pág. 264).

Tendido en la cima de una montaña, Pachico

"olvidase del curso fatal de las horas, y, en un instante que no pasa, eterno, inmóvil, siente la contemplación del inmenso panorama la hondura del mundo, la continuidad, la unidad, la resignación de sus miembros todos, y oye la canción silenciosa del alma de las cosas desarrollarse en el armónico espacio y el melódico tiempo".

Los sentidos adormilados "por la callada sinfonía del ámbito solemne". Pachico entra en trance místico:

"desvanécese la sensación del contacto corpóreo - con la tierra, y la del peso del cuerpo se le disi

pa; espojando en el ámbito y el aire, enajenado de sí, le gana una resignación honda, madre de omnipotencia humana, puesto que sólo quien quiera cuanto suceda logrará que suceda cuanto él quiere. Despiértasele entonces la comunión entre el mundo que le rodea y el que encierra en su propio seno: llegan a la fusión ambos; el inmenso panorama y él, que libertado de la conciencia del lugar y del tiempo lo contempla, se hacen uno y el mismo; y en el silencio solemne, en el aroma libre, en la luz difusa y rica, extinguido todo deseo y cantando la canción silenciosa del alma del mundo, goza de paz verdadera, de una como vida de la muerte." (P.G. pág. 265).

Experiencia inefable que le llevará a la revelación del significado último de la guerra y la paz.

"Es una inmensidad de paz; paz canta el mar; paz dice calladamente la tierra; paz vierte el cielo; paz brota de las luchas por la vida, suprema armonía de las disonancias; paz en la guerra misma y bajo la guerra, inacabable, sustentándola, coronándola. Es la guerra a la paz lo que a la eternidad el tiempo: su forma pasajera. Y en la paz parecen identificarse la Muerte y la Vida."

En paz consigo misma, Pachico cobra alientos para luchar - "contra la inextinguible ignorancia humana, madre de la guerra";

este es el mensaje que nos trae al bajar de aquellas alturas, pues:

"En el seno de la paz verdadera y honda es donde sólo se comprende y justifica la guerra; es donde se hace sagrados votos de guerrear por la verdad, único consuelo eterno; es donde se propone reducir a santo - trabajo la guerra. No fuera de ésta, sino dentro de ella, en su seno mismo, hay que buscar la paz; paz - en la guerra misma."

PIO BAROJA

El 28 de diciembre de 1872 nació, en San Sebastian, Pío Baroja y Nessi. Su recuerdo más antiguo es el intento de bombardeo de su ciudad natal por los carlistas.

Este recuerdo -nos dice- es muy borroso. Tengo una idea confusa de la vuelta de unos soldados en camillas y de haber mirado por encima de una tapia un cementerio pequeño, próximo en donde ha--bía muertos sin enterrar, con uniformes rotos y podridos (Memorias).

También contempló la entrada de Alfonso XII en San Sebastián.

Todo el mundo mostró gran entusiasmo, especialmente las mujeres, que agitaban los pañuelos y gritaban: ¡Viva el Pacificador!...Tengo también la idea vaga -añade- de haber visto pasar un --gruppo de prisioneros carlistas, todos muy andrajosos...La verdad es -concluye Baroja- que no -parecía que hubiese mucho odio entonces entre alfonsinos y carlistas. (Cit.por Laín Entralgo)

Posteriormente Baroja residió en Madrid, Pamplona y Valencia donde estudia Medicina, doctorándose en 1893 en Madrid. Después de ejercer dos años en Cestona (Guipúzcoa) se trasladó a Madrid donde estableció una panadería y se dedicó a escribir novelas, agrupadas muchas de ellas en trilogías, y algunas narraciones cortas. - Colaboró en algunos de los periódicos más importantes de la época: El País, El Globo, El Imparcial.

Baroja a pesar de negar la existencia de la generación del 98 tiene frente a los problemas de España la misma actitud crítica que los hombres de su generación, el mismo amor por España, el mismo rechazo de la historia.

Su actitud crítica queda plasmada en algunos juicios agresivos sobre la sociedad española de fines del siglo XIX.

La vida española se iba desmoronando por incuria, por torpeza y por inmoralidad.

En frente de la inmoralidad, de la chabacane-

ría y de la ramplonería de los políticos, no había en la España de la Regencia nada organizado. El republicanismo nuestro era un amaneramiento, una retórica vieja con la matriz estéril; el socialismo obrero odiaba a los intelectuales y hasta a la inteligencia; el anarquismo se manifestaba místico, vagoroso y utópico, y los dos separatismos aparecidos en aquella época, el catalán y el vasco, por su egoísmo y su mezquindad, no tenían atractivo mas que para gente un poco baja...Un hombre un poco digno no podía ser en este tiempo mas que un solitario. (Cit. por Laín Entralgo).

Sus críticas van también dirigidas a la monarquía y a la nobleza. Así refiriéndose a los primeros años del siglo-XIX nos dice:

Difícilmente se puede dar un caso de ineptitud - mayor que el de la aristocracia española y el de todas las clases pudientes en el reinado de Carlos IV y en la invasión francesa. Sin el arranque y la genialidad del pueblo, la época de la guerra de la Independencia habría sido de las más bochornosas de la historia de España. (Cit. por Laín Entralgo).

Si el pueblo es el único que puede reivindicar a España debemos conocerlo lo mejor posible, estudiar su vida, contemplar la tierra en donde vive y las creaciones artísticas que produce. Pues así como la obra científica es universal "la obra artística es siempre nacional aunque pueda llegar por su intensidad o por su belleza a universalizarse". (Divagaciones sobre la cultura).

Así pues si España quiere resurgir "debe aspirar a incorporar su trabajo científico al trabajo universal; creo que debe colaborar con los pueblos de Europa en todo lo genérico, pero que debe aspirar a diferenciarse en lo artístico y literario de los demás países y a independizarse en la esfera de lo moral".

¿Cuáles son las características de la raza que Baroja considera como típicamente españolas?

(El) individualismo... el apasionamiento, la exaltación, la dramática extremosidad. (Prólogo de César o Nada.).

Baroja insiste repetidas veces sobre el individualismo del español, porque es individualista "el genio de la raza" y porque "el individuo y sólo el individuo es todo en España".

El hombre además de ser individualista será hombre de acción y aquí otra vez podemos comprobar la inconformidad de Baroja con su época y la añoranza del pasado heroico, de la grandeza de España. Grandeza debida a los hombres de acción:

Loyola, San Francisco Javier, Hernán Cortés, Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, El Empecinado, Zumalacarrregui". (Discurso de ingreso en la Academia).

Si a esto unimos el anhelo de Baroja adolescente por una vida fuera de lo vulgar comprenderemos mejor a sus personajes.

Yo sentía curiosidades -nos confiesa-, pero en definitiva, vocación clara y determinada, ninguna. Fuera de que me hubiera gustado tener éxito con las mujeres y correrla por el mundo, ¿qué más había en mí?. Nada, vacilación. Oía hablar de viajes marítimos y me hubiera gustado embarcarme; hablaban de pintura, y me parecía un oficio muy bonito el de ser pintor; leía aventuras de un viajero, y soñaba con el desierto o con los ríos inexplorados. Pero el ser médico, militar, abogado o comerciante no me hacía ninguna gracia...De joven, y -

sin cultura, no iba yo a forjarme un concepto, una significación y un fin de la vida, cuando flotaba y flota en el ambiente la sospecha de si la vida - no tendrá significación ni objeto (Cit. por Lain Entralgo).

Teniendo en cuenta el individualismo preconizado por Baroja, su afán aventurero y esa duda sobre la finalidad de toda acción resolveremos la contradicción aparente entre los personajes de sus novelas. Por una parte los hombres de acción, los que tienen algo que realizar como Aviraneta o Zalacaín, por otra los tipos abúlicos, insatisfechos pues no encuentran una finalidad que encauce esa necesidad de acción que tienen en el fondo todos los personajes de Baroja.

¿Y cuál va a ser el pretexto para la acción?. El pretexto para la acción será el acontecer histórico: cualquier cambio, cualquier lucha. Baroja escribirá novelas "históricas" del siglo XIX. Renuncia pues Baroja con esta elección a cualquier época de grandeza o brillantez. Según nos dice él mismo ello se debe al deseo de "colocar las figuras en un ambiente próximo, comprensible y explicable."

Yo... no podría hablar de un personaje cualquie-

ra si no supiera dónde vive y en qué ambiente se mueve. (Prol. de Páginas escogidas).

También se debe al hecho de que a Baroja no le interesa retratar a los personajes históricos, ni relatar acontecimientos de reconocida importancia histórica, sino narrar la vida de algunos personajes oscuros e inquietos y recrear a través de este sustrato de la historia la vida española del siglo XIX.

Las novelas "históricas" de Baroja son: Zalacaín el aventurero, sobre las guerras carlistas, y la serie intitulada Memorias de un hombre de acción, unas sobre la guerra de la Independencia, otras sobre las guerras carlistas.

Si bien las novelas de las Memorias de un hombre de acción sobre las guerras carlistas nos muestran las intrigas y el mundo de los conspiradores surgidos a favor de la contienda y cuyo campo de acción se desplaza de Francia a España y de España a Francia en ninguna de ellas el héroe Aviraneta o el narrador y también protagonista Pedro Leguía toman parte en la guerra. Por eso hemos preferido escoger para este estudio Zalacaín el aventurero, pues aunque el héroe no tiene la intención de participar en la lucha llega a estar incorporado, muy a pesar suyo, a una partida carlista, preci-

samente la del cura Santa Cruz. En esta obra Baroja nos mostrará la vida de los combatientes, lo que la guerra significa para ellos, y nos trazará un retrato implacable del cura Santa Cruz. Hay pues cierto paralelismo entre esta novela y las ya estudiadas de Valle-Inclán y Unamuno, este es el motivo de nuestra elección.

Sabemos por el prólogo de Páginas Escogidas que a Baroja, en general, es un tipo o un lugar el que le sugiere la obra. Zalacaín el aventurero viene a confirmar este aserto pues toda la novela gira en torno a este personaje creado por Baroja.

La novela empieza por una descripción detallada del pueblo de Urbía y del caserío donde nació Martín Zalacaín del cual Baroja va trazando en rápido esbozo los rasgos - que harán de él un ser aparte, un aventurero.

Parecía lógico que, por herencia y por la acción del ambiente, Martín fuese como su padre y su madre: oscuro, tímido y apocado; pero el muchacho resultó decidido, temerario y audaz.

Tenía entre los demás chicos el ascendiente de su audacia y de su temeridad.

Nadie se ocupaba de él, no compartía con los demás chicos la escuela, y huroneaba por todas partes. Su abandono le obligaba a formarse sus ideas espontáneamente y a templar la osadía con la prudencia (O.C.T. 1, págs. 170, 171).

A los ocho años Martín encuentra mentor, su tío -abuelo- Miguel de Tellagorri:

Hombre de rapiña, alegre y jovial, buen bebedor, buen amigo, y en el interior de su alma bastante-violento para pegarle un tiro a uno o para incendiar el pueblo entero. (O.C.T., 1, pág. 172).

Tellegorri no sólo transmitió a Martín toda su ciencia: conocimiento de la comarca con su flora y fauna, métodos de pesca y caza sino que le educó "por el sistema pedagógico de los Tellagorris, que se parecía bastante al salvajismo".

Al cabo de unos años Martín se convirtió en un "hom - bretón, alto, fuerte, decidido...que iba y venía sin reconocer categorías, aspirando a todo y conquistándolo todo."

Realmente "Zalacaín era afortunado; todo lo que intentaba lo llevaba bien. Negocios, contrabando, amores, juego." (O.C.T., pág. 193).

Su ocupación principal era efectivamente el contrabando. En su constante pasar de España a Francia, Zalacaín fue coincidiendo con el liberalismo francés y empezó a encontrar "atrasados y fanáticos a sus paisanos" (O.C.T., 1 pág. 194).

Sin embargo, al pensar en la guerra que se avecinaba creía que los carlistas conseguirían la victoria. Era esta una opinión bastante generalizada en el sur de Francia, pues mientras los carlistas encauzaban toda su actividad a los preparativos guerreros "en Madrid, políticos y oradores se dedicaban con fruición a los bellos ejercicios de la retórica". (O.C.T., 1 pág. 195).

El 2 de mayo don Carlos inicia la guerra con el grito de: "Abaco el extranquero" (O.C.T., 1 pág. 195).

Se inicia pues la tercer guerra carlista:

El carlismo se extendía y marchaba de triunfo en triunfo. En Cataluña y en el país vasconavarro iba haciendo progresos. La República española era una calamidad. (O.C.T., 1 pág. 196).

Después de esta breve exposición Baroja intenta explicarnos por qué los vascos son partidarios de don Carlos:

Los vascos, siguiendo las tendencias de su raza, marchaban a defender lo viejo contra lo nuevo. Así habían peleado en la antigüedad contra el romano, contra el godo, contra el árabe, contra el castellano, siempre a favor de la costumbre vieja y en contra de la idea nueva. (O.C.T., 1 pág. 197).

La figura de don Carlos, para Baroja escritor realista, está desprovista de esa grandeza, de esa majestad con que Valle-Inclán nos lo pinta. Para Baroja don Carlos no es más que un "rozagante borbón, con aire de hombre bien cebado" (O.C.T., 1 pág. 230). "Este estúpido hombre guapo...es un tipo vulgar sin ninguna condición" (O.C.T., 1 pág. 227). Sus mismos partidarios le han puesto por nombre don Bobo.

En cuanto a la guerra, Zalacaín y su cuñado, antes de participar en ella, consideraban que era algo bello, pues era en cierto modo la culminación de la aventura:

...Los dos vascos especificaron lo que ellos consideraban como hermosura. Ambos guardaban en el fondo de su alma un sueño cándido y heroico, infantil y brutal. Se veían los dos por los montes de Navarra y de Guipúzcoa al frente de una partida, viviendo siempre en acecho, en una contí-

nua elasticidad de la voluntad, atacando, huyendo, escondiéndose entre las matas, haciendo marchas forzadas, incendiando el caserío enemigo... (O.C. T, 1 pág. 197).

Por otra parte la hermosura de la guerra estriba en - que los futuros combatientes sueñan con triunfos, alardes - de valor, emociones fuertes.

¡Y qué alegrías! ¡Qué triunfos! Entrar en las aldeas a caballo, la boina sobre los ojos, el sable al cinto, mientras las campanas tocan en la iglesia. Ver, al huir de una fuerza mayor, cómo aparece entre el verde de las heredades el campanario de la aldea donde se tiene el asilo; defender una trinchera heroicamente y plantar la bandera entre las balas que silban; conservar la serenidad mientras las granadas caen, estallando a pocos - pasos, y caracolear en el caballo delante de la partida, marchando al compás del tambor...

¡Qué emociones debían de ser aquellas! Y Bautista y Martín soñaban con el placer de atacar y de huir, de bailar en las fiestas de los pueblos y de robar en los Ayuntamientos, de acechar y de -

escapar por los senderos húmedos y dormir en una borda sobre una cama de hierba seca... (O.C.T, 1 págs. 197, 198):

Muy pronto Zalacaín descubrirá el otro aspecto de la guerra el de la crueldad y barbarie, al no tener más alternativa que ingresar en la partida del cura Santa Cruz del cual Baroja nos hace el siguiente retrato:

Aquel hombre tenía algo de esa personalidad enigmática de los seres sanguinarios; de los asesinos y de los verdugos; su fama de cruel y de bárbaro se extendía por toda España. El lo sabía y, probablemente, estaba orgulloso del terror que causaba su nombre. En el fondo era un pobre diablo - histérico, enfermo, convencido de su misión providencial. (O. C. T, 1 pág. 202).

La crueldad de Santa Cruz se manifestaba también en su proceder con las mujeres:

A algunas solía desnudarlas de medio cuerpo arriba; les untaba con miel el pecho y la espalda y - las enplumaba; a otras les cortaba el pelo o lo untaba de brea y luego se lo pegaba a la espalda (O.

C.T, 1 pág. 209)

Para que el lector no suponga que la crueldad y el fanatismo son atributos exclusivos de la partida de Santa Cruz, Baroja nos relata algunos episodios de otras guerrillas carlistas:

Esta partida había apaleado bárbaramente a unas - cuantas muchachas porque no quisieron bailar con unos cuantos de aquellos forajidos. (O.C. T, 1 pág. 218).

A un participante de la guerra carlista anterior "le parecía poca cosa el echar a los hombres por la sima de Igusquiza tratándose de liberales y de hombres que blasfemaban de Dios y de su religión".

Contó el tal viejo varias historias de la guerra carlista anterior. Una de ellas era verdaderamente odiosa. Una vez, cerca de un río, yendo con la partida, se encontraron con diez o doce soldados jovencitos que lavaban sus camisas en el agua.

-A bayonetazos acabamos con todos-dijo el hombre sonriendo; luego añadió hipócritamente: -Dios nos lo habrá perdonado. (O.C. T, 1 pág. 224).

La guerra se convierte muy pronto para nuestro héroe - Zalacaín en una especie de enfermedad crónica, de mascarada sangrienta y repugnante:

El bombardeo de Irun ha sido un fracaso completo para los carlistas -dijo Martín-. ¡Y qué esperanzas tenían todos estos legitimistas franceses!. - Hasta los hermanos de la Doctrina Cristiana habían dado vacaciones a los niños para que fuesen a la frontera a ver el espectáculo. Y ahí vimos a ese arrogante don Carlos, con sus terribles batallones, echando granadas y granadas, para tener luego que escaparse corriendo hasta Vera. (O.C. T, 1 pág. 214).

Así las cosas, Zalacaín que ha trabajado para los carlistas nos dice: "en el fondo creo que soy liberal." En realidad Zalacaín es ante todo un hombre de acción y a la vez un soñador:

-Es usted la inquietud personificada, Martín -dijo Briones.

-¿Qué quiere usted? He crecido salvaje como las hierbas y necesito la acción, la acción continua. Yo, muchas veces pienso que llegará un día en que

los hombres podrán aprovechar las pasiones de los demás en algo bueno.

-¿También es usted soñador?

-También.

-La verdad es que es usted un hombre pintoresco, amigo Zalacaín.

-Pero la mayoría de los hombres son como yo.

-¡Oh, no! La mayoría somos gente tranquila, pacífica, un poco muerta.

-Pues yo estoy vivo, eso sí; pero la misma energía que no puedo emplear se me queda dentro y se me pudre. Sabe usted, yo quisiera que todo viviese, que todo comenzara a marchar, no dejar nada parado, empujar todo al movimiento, hombres, mujeres, negocios, máquinas, minas, nada quieto, - nada inmóvil. (O.C. T, 1 págs. 252, 253).

La inconformidad con el mundo en que vive y su tendencia al ensueño, a la evasión, hacen que su actividad quede al margen de las luchas políticas, al margen de la sociedad, al margen de la historia como reza su epitafio:

Duerme en esta sepultura

Martín Zalacaín, el fuerte.

Venganza tomó la muerte
de su audacia y su bravura.
De su guerrera apostura
el vasco guarda memoria;
y aunque el libro de la Historia
su rudo nombre rechaza,
¡camínante de su raza,
descúbrete ante su gloria!



C O N C L U S I O N

El problema de España desde principios del siglo XIX ha sido la discrepancia entre tradicionalistas y progresistas. Discrepancia de tal índole que ha dado lugar a varias guerras civiles.

Los tres autores estudiados entraron en contacto con la realidad histórica en su infancia con motivo de la tercer guerra carlista.

En sus novelas sobre este tema se mezclan: recuerdos infantiles heroicos e incitantes y el desengaño y dolor - que les producía la situación de España cuando elaboraron dichas novelas.

La nota de exaltación heroica es más acusada en Baroja y en Valle-Inclán que se sentían en su adolescencia llamados a ser héroes:

El día que descubrió en el Museo de las Familias un romance del Cid -cuenta Fernández Almagro de - Valle-Inclán, no pudo menos de sentirse llamado a una misión heroica... Una mañana asaltó un melonar, empuñando un sable viejo contra algún enemigo más o

menos quimérico. Se sentía, en efecto, conquistador, misionero o cruzado de no sabía qué causa. Citado por Laín Entralgo.

También hay una gradación de menos a más en la forma - en que Unamuno, Baroja y Valle-Inclán destacan en sus novelas la barbarie y el fanatismo carlista, debido a que Valle-Inclán del mismo modo que exalta la nobleza y valor personal de sus héroes enfatiza su fanatismo y barbarie. No hay pues falseamiento sino poetización de la realidad.

Lo que sí resulta evidente es el rechazo de la historia tanto en Valle-Inclán como en Baroja y Unamuno.

La historia es algo despreciable:

¡La historia! ¿Sabes tú quién hace la historia - hija mía?. En Madrid los periodistas y en este pueblo los criados. (G. A. p. 96).

Por cierto que ninguno de los tres escritores pretende evocar un fragmento del pasado histórico sino hacer obra - novelesca sobre el acontecer histórico buscando lo que se encuentra oculto por él y que constituye la esencia de España.

Unamuno cree descubrir la esencia de la España eterna en los seres intrahistóricos, en la costumbre, en lo cotidiano, en la naturaleza; Valle-Inclán y Baroja en lo excepcional, en lo heroico y por ello nos brindan héroes sobrehistóricos. Esta diferencia dará como resultado la creación de mundos entre los que parece mediar una distancia de siglos.

Paz en la Guerra nos sumerge en la vida de la pequeña burguesía de fines del siglo XIX. Zalacaín el aventurero está en cierto modo, fuera del tiempo, y algo semejante sucede con las novelas de Valle-Inclán. Al leerlas nos sentimos transportados a un mundo de antaño cuya cronología no podríamos precisar, pero que nos sugiere a veces el mundo de los héroes antiguos, a veces la España de los siglos XVI y XVII. O sea esa época de hombres capaces de grandes empresas, de guerreros, de místicos, de visionarios, de señores feudales, de mendigos y bufones. Esa España que añora el marqués de Bradomín:

España ha sido fuerte cuando impuso una moral militar más alta que la compasión de las mujeres y de los niños. En aquel tiempo tuvimos capitanes y santos y verdugos que es todo cuanto necesita una ra-

za para dominar el mundo. (C.C. p. 25)

Este alejamiento en el tiempo se debe en parte a la diferencia que observamos en la constitución de la sociedad, en las obras de dichos autores.

Unamuno no trata más que de la clase cuyo desarrollo le parece fundamental para la vida del país, la pequeña burguesía, esporádicamente nos habla de los campesinos y deliberadamente ignora a la nobleza cuya decadencia se - acentúa en aquel tiempo. El poder temporal del clero es casi inexistente en la novela de Unamuno. Su influjo lo ejerce por el dominio espiritual que aun conserva sobre familiares y feligreses.

En cambio en las novelas de Valle-Inclán el clero, además de su dominio espiritual, detiene un poder temporal semejante al de los grandes señores feudales. La nobleza sigue teniendo casi casi derecho de vida y muerte sobre servidores y campesinos. Estos forman una masa ignorante y supersticiosa. La burguesía no aparece en ningún momento.

Baroja nos presenta la oposición entre nobleza y - campesinos arraigados a las tradiciones y comerciantes

progresistas.

La sociedad española en aquel tiempo era todavía - un conglomerado de todas estas clases, unas que no acababan de morir, otras en desarrollo incipiente, y en lucha unas con otras.

Sociedad decepcionante y que sólo inspira hostilidad a los escritores del 98. Este sentimiento de hostilidad unido a su amor por España es lo que les impulsa a buscar otra España, ya sea en el pasado, ya sea en el futuro, ya sea bajo esa realidad histórica, ya sea por encima de ella.

Yo -dice Valle-Inclán- para mi ordenación, tengo por precepto no ser histórico ni actual, pero saber oír la flauta griega... El arte es bello - porque suma en las formas actuales evocaciones antiguas, y sacude la cadena de siglos, haciendo - palpar ritmos eternos de amor y de armonía.

Así como la historia no tiene valor, tampoco lo tiene el tiempo. Hay que buscar la eternidad que se oculta bajo las mudanzas del tiempo:

Quería advertir en la vana mudanza del mundo la eterna razón que la engendra en cada instante, - creando la divina identificación de todos los ayres con todos los mañanas. Valle-Inclán, La Lámpara Maravillosa.

Quiero dormir del tiempo,
quiero por fin rendido
derretirme en lo eterno
donde son el ayer, hoy y mañana
un solo modo
desligado del tiempo que pasa.

Unamuno. Poesías.

Como el tiempo la casta histórica es mudadiza. Sólo la casta íntima de España es eterna. "La tradición eterna española, que al ser eterna es más bien humana que española"; y añade Unamuno: "lo absolutamente individual - es lo absolutamente universal".

Esa eternidad, esa universalidad Valle-Inclán la logra en sus personajes creándolos a modo de arquetipos:

Cada figura -dice Valle-Inclán- debe pintarse sobre la falsilla de un arquetipo ideal sobre-

histórico: el mendigo se describirá considerando la imagen de Job, arquetipo de todos los mendigos, y el guerrero mirando la figura de Aquiles, modelo ideal de los guerreros todos. Citado por Laín Entralgo.

Otro tanto sucede con Baroja que crea un arquetipo - ideal de aventurero:

Yo como los demás escritores en mis novelas casi siempre invento el tipo principal y copio de la realidad lo secundario (Páginas Escogidas).

El deseo de eternidad, de universalidad no es compatible ni con la historia, ni con la guerra, pues:

La guerra pasará y nosotros quedaremos y hemos de vivir juntos acá, que para ello somos de una misma tierra. (Valle-Inclán).

Es la guerra a la paz lo que a la eternidad el tiempo su forma pasajera. (Unamuno).

El rechazo de las circunstancias históricas conduce a una evasión de la realidad aun en una generación combativa como lo fue la generación del 98. Sin embargo estos hombres

dieron a España lo mejor que tenían, su arte. Soñaron a España, y al soñarla hicieron obra poética.

Valle-Inclán y Baroja por su creación de héroes nos brindan relatos comparables a un poema épico.

Unamuno al transmitirnos su emoción ante el paisaje y el reflejo de su sueño en el sueño de los hombres que viven y mueren sobre la tierra de España impregna su obra de profundo lirismo, especialmente perceptible en el doble final de Paz en la guerra.

Realmente "la poesía (fue) el signo dominante de la época". (P. Salinas) Y el recuerdo de una poesía es el que surge en nuestra mente al pensar en España y en las guerras internas que la han desangrado.

Y es hoy aquel mañana de ayer...Y España toda,
con sucios oropeles de Carnaval vestida
aun la tenemos: pobre y escuálida y beoda;
mas hoy de un vino malo: la sangre de su herida.

Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu aventura
despierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura.

T E X T O S

A lo largo de este trabajo indicamos los textos de - Valle-Inclán, Unamuno y Baroja con abreviatura de título- y página, según las siguientes ediciones:

- S. I. Sonata de Invierno, Austral, Buenos Aires, 1944.
- C. C. Los Cruzados de la Causa, Austral, Buenos Aires, 1954.
- R. H. El Resplandor de la Hoguera, Austral, Buenos - Aires, 1944.
- G. A. Gerifaltes de Antaño, Austral, Madrid, 1960.
- P. G. Paz en la Guerra, Austral, Buenos Aires, 1943.
- T. C. En Torno al Casticismo, Austral, Buenos Aires, 1943.
- O.C. T, I Obras Completas de Baroja, Tomo I Biblioteca - Nueva. Madrid. 1946.

BIBLIOGRAFIA.

Angel Valbuena y Prat.-Historia de la Literatura Española
la.- Editorial G.Gili, S.A.

Diccionario de Historia de España.
Revista de Occidente. Madrid.

Young Baker Robert - La guerra carlista de Valle-Inclán.
U.N.A.M., 1959.

Pedro Laín Entralgo- La Generación del Noventa y Ocho -
Colección Austral.

Ramón Sender ~ Unamuno. Valle-Inclán. Baroja.

Antonio Ramos-Oliveira- Historia de España.
Cía. General de Ediciones S.A. México

Rafael Altamira - Manual de Historia de España.
Editorial Sudamericana. 1946.

R. Cansinos Assens- Hermes. La Nueva Literatura.

Julio Casares- Crítica profana

E.M. Forster- Aspectos de la novela.
Universidad Veracruzana, México.

Wolfgang Kayser - Interpretación y análisis de la obra -
literaria. Editorial Gredos.

Carlos Blanco Aguinaga -El Unamuno contemplativo.

Nueva revista de filología hispánica

El Colegio de México 1959.

Emma Susana Speratti Piñero - La elaboración artística -
en Tirano Banderas.

Nueva revista de filología hispánica

El Colegio de México 1957.

Azorín -Clásicos y Modernos.

Editorial Losada.

Antonio Machado -Poesías completas.

Colección Austral.

María de Maeztu -Antología. Siglo XX.

Colección Austral.

Pedro Salinas -Literatura española. Siglo XX,

Editorial Séneca.

Alfonso Reyes -Tomo IV. Obras completas.

